

FERIAS, FIESTAS Y CARNAVALES DE OCAÑA

Mario Javier Pacheco García

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCION <i>Manuel Salvador Alsina</i>	5
PRESENTACION.....	6
PRIMERA PARTE	7
FERIAS, FIESTAS Y CARNAVALES DE OCAÑA <i>Mario J Pacheco García</i>	7
A MANERA DE INTRODUCCION.....	7
NAVIDAD.....	8
LOS AGÜEROS.....	8
LAS FERIAS	11
LOS REINADOS	12
LOS GENITORES.....	14
EL CARNAVAL.....	17
MI PRIMER CARNAVAL.....	17
LAS REINAS DEL CARNAVAL	21
LAS REINAS	22
LAS TENTACIONES.....	23
OTROS INGREDIENTES DE LAS FIESTAS.....	25
CABALGATAS.....	25
LOS TOROS.....	27
TORERIAS.....	27
OTRAS DIVERSIONES.....	29
LA VARA DE PREMIOS.....	29
MATANZA DE GALLOS.....	29

LOS RETENES.....	30
LAS PALMITAS.....	30
LAS JUEGAS	31
LA PARRANDA DONDE LALO.....	32
BIBLIOGRAFIA.....	34
LAS FIESTAS EN LA CIUDAD DE OCAÑA <i>Luis e. Páez García</i>	34
COMENTARIOS SOBRE LAS FIESTAS RELIGIOSAS DE OCAÑA	
<i>Monseñor Manuel Benjamín Pacheco</i>	38
RECUERDOS DEL VIEJO CARNAVAL <i>Miguel Mario Pacheco C</i>	40
CRONICAS DE ANTAÑO <i>Saul Calle Alvares</i>	42
EXTRACTOS DE UNA CARTA DE CIRO OSORI QUINTERO.....	44
CORRIDA DE TOROS <i>Francisco C. Angarita Pbro</i>	47
SEGUNDA PARTE.....	49
TIERRA ANCANTADA <i>Luis Tablanca</i>	49
CARNAVALITO <i>Alfonso Carrascal Claro</i>	50
LA GOTAA FRIA.....	56
LAS FIESTAS <i>Eustoquio Quintero Rueda</i>	60
DICIEMBRE <i>Luis Eduardo Páez García</i>	60
NOCHEBUENA DE OTROS TIEMPOS <i>Alfredo Sánchez Fajardo Pbro</i>	61
ROMANCE DE LAS CUMBIAS DE AGUINALDO	
EN LA VIEJA OCAÑA <i>Saul Calle Alvares</i>	61
NOCHEBUENAS <i>Carlos Carrascal claro</i>	62
PARA QUE LAS PENAS MUERAN <i>Luis Eduardo Páez García</i>	63
AÑO NUEVO <i>Mario Javier Pacheco García</i>	64
COPLAS DE CARNAVAL <i>Enrique Ruíz Machuca</i>	64

CARNAVAL <i>Emmanuel Cañarete</i>	65
MAGIA DE CARNAVAL <i>Felisa Escobar de Duque</i>	65
CARNAVAL <i>Mario J Pacheco G</i>	65
EL BUEY <i>Alfonso Carrascal Claro</i>	66
CON ESENCIAS DE BOHEMIA II <i>Luis Eduardo Páez G</i>	67
EL GRAN PARTIDO DE OCAÑA <i>Francisco Barbosa</i>	68
MUSICA <i>María Luz Granados Pacheco</i>	68
POETICA <i>Fabio Alonso Torrado</i>	68
CARNAVALEANDO <i>Mario J Pacheco García</i>	69
MI TIERRA QUERIDA <i>Oscar Fajardo</i>	69
MIS CARNAVALES <i>Rafael Ivan Quintana Rozo</i>	70
VOLVER A OCAÑA <i>Daniel Maldonado Guerrero</i>	70
TODAVÍA JUNTOS <i>José Roperó Alsina</i>	70
APENDICE	71
NUESTROS SIMBOLOS.....	71
EL ESCUDO.....	71
ESCUDO DE LA PROVINCIA DE OCAÑA.....	73
LA BANDERA.....	74
EL HIMNO.....	75
EL TRAJE TIPICO.....	77
BIBLIOGRAFÍA.....	78

INTRODUCCION

Durante la administración de la segunda alcaldía popular de Ocaña, la cultura ha ocupado un reglón protagónico y relevante, porque consideramos que la ciudad debe volver por los antiguos fueros intelectuales que tanto brillo le dieron a su nombre a su nombre.

Desde un principio, los ocañeros resientes en todos los rincones del país, nos pidieron el renacimiento del Desfile de los Genitores, y el tres de enero de 1991 el magnífico espectáculo, bajo la coordinación de Alfonso Carrascal Claro, volvió a recorrer las calles.

Se nos solicitó solidaridad con varios concursos literarios y la Alcaldía fue solidaria, al punto de publicar por primera vez en su historia, un libro que recogió las obras inéditas de uno de los concursos de cuento.

En el aspecto musical, nos hemos preocupado por la coral de la universidad que ya empieza a ser reconocida por su calidad. La banda municipal de Ocaña nos ha colmado de triunfos, por eso estamos trabajando para que la ciudadanía tenga un disco de larga duración sus interpretaciones magistrales dirigidas por ese artista genial que es Guillermo Lemus, bajo cuya batuta se han alcanzado los laureles que la colocaron como mejor del país.

De la misma manera queremos destacar la labor de Ediciones Mapache, que en más de tres lustros de existencia nos ha brindado siete libros enfocados al rescate de la identidad provincial.

Como decía Juan Manuel Duque Carvajalino, en 1975: “Ediciones Mapache es un reducto de aquella tradición cultural que tanto nos enorgullece, es un bastión que debemos apoyar”

“Ferias, Fiestas y Carnavales de Ocaña”, recoge en una excelente investigación, artículos ensayos, poemas y canciones de nuestro folclor. Es una obra para leer de corrido, destinada a convertirse en clásica entre la literatura ocañera.

Manuel Salvador Alsina

Alcalde Popular

PRESENTACION

Ediciones Mapache dedica su séptima publicación a las festividades de Ocaña. Ha sido nuestro objetivo retornar los valores auténticos en sus manifestaciones literarias, artísticas, y folclóricas, para que no se diluyan en el olvido sino que se proyecten haciendo presencia nacional.

Debido a la orfandad literaria que padecimos entre los años 1950 a 1970, -salvo escasas y honrosas excepciones, lideradas por Luis Sánchez Rizo, Ocaña perdió la imagen adquirida. Para los gobiernos municipales ya no fueron importantes las manifestaciones culturales que son la esencia de los pueblos y se realizó inexorablemente la trastocación de los valores medios, en valores fines, y viceversa, en lo que Alberto Mendoza llamó: “la aberración estimativa”.

Mucho se ha hablado del fenómeno de inmersión que atrapa a los escritores dedicados a temas de provincia, porque abandonan el contexto universal. Nosotros no compartimos esos criterios. La provincia es y será la médula, la cédula política y social de donde parten y donde convergen los conceptos. Escritores como Ciro Osorio Quintero, Luis Eduardo Páez García, Elio Alberto Mendoza Lemus, Alfonso Carrascal Claro, Jorge MeléndezSánchez, Saúl Calle Álvarez, Aurelio Carvajalino Cabrales, Francisco Barbosa Y otros, asumieron esta responsabilidad y la mantienen.

Hemos de agradecer al Dr. Manuel Salvador Alsina, alcalde popular, sus incentivos, lo mismo que a Miguel Ángel Quintero Duran, quien nos ha facilitado la institucionalización de los 27 de Diciembre como fecha para el lanzamiento de estas obras, y para la reunión de las colonias ocañeras diseminadas en el país. Así mismo manifestamos nuestro reconocimiento al profesor Wilson Ramírez y a los integrantes del taller literario “El Aleph”.

Mario Javier Pacheco García

PRIMERA PARTE

Ferias, Fiestas y Carnavales de Ocaña

Mario Javier Pacheco García

A:

Juana Lázaro Velázquez,

Carmito Quintero,

Enrique Ruiz Machuca,

Alvaro Carrascal Perez,

Juan Manuel Duque Carvajalino,

Geovanni de la Rosa,

Miguel Angel Quintero Pacheco,

Ciro Osorio Quintero

Quienes nos heredaron su fiesta y carnaval.

A MANERA DE INTRODUCCION

Nuestras fiestas, ferias y carnavales tienen elementos universales y obvias raíces foráneas; pero el tiempo las ha adosado con lo autóctono del espíritu hacaritama, confiriéndoles un tinte diferente que debe resaltarse.

No está en nuestra mira la simple reseña de eventos comunes, sino el rescate de lo propio, para mostrarlo ante el país como parte integral, aunque desconocida, del folclor colombiano.

La provincia ha sido afortunada en el singularismo: -Nuestras Cocotas; Nuestros Estoraques; nuestra columna; nuestras arepas; nuestra Virgen.

Sin embargo, nada de lo nuestro se proyecta.

Solo unos cuantos conocen los milagros de la Virgen de Torcoroma, el pellejo tostado de la arepa, la hermosa y sabrosa flor de barbatusco, la enorme cocota o los intrincados laberintos que el tiempo ha labrado en la playa.

En la reafirmación de nuestros valores, la autenticidad de las ferias, fiestas y carnavales son un tema importante. En pocos rincones del planeta se suceden

unas festividades tan ricas y tan variadas como en Ocaña; en ninguna parte se acoge mejor al forastero; ni en sitio alguno es más suave el licor, el clima, sus mujeres y el rasguear de la guitarra que melosa se nutre de amor en las ventanas.

El folclor ocañero es representativo de la identidad colombiana!

NAVIDAD

Nochebuenas de mi tierra
Con sabor de cabalongo
Villancico y añoranza!

Para describirte tengo
Que amarrarme el corazón
Con el curricán templado
De mi trompo bailador,
Porque tus calles se prenden
Con luces de tiempos idos
Y me inunda la tristeza
De los agostos perdidos.

En mi recuerdo tu enciendes
Pesebres de fantasía,
Olor a nuevo en la sala
Y rumba y algarabía.

La banda que está marcando
Un son de musgo y disfraz
Con ovejas y lagunas
Esperanza y celofán
Y la columna adornada
De rutilantes colores...
Y los disparos al aire,
Los cohetes, los voladores...

Y el despertar de la noche
Que nos coge en reunión
Con nuestros viejos y amigos
Confundidos de emoción.

Viejos y amigos perdidos

En la bruma de los tiempos,
Rumor de amores lejanos
Que hieren mis sentimientos.
Ay navidad ocañera
De nostalgia y alegría
Qué hermoso que es recordarte
Nochebuena de otros días.

LOS AGÜEROS

El año entró disfrazado
Al baile de los olvidos
Y está muy triste brindando
Sus copas al desamor
Porque al sonar las campanas
Su figura reventaron
Con ritmo de papayeras
De murga y del acordeón.

A las doce de la noche
Llegó a la fiesta el agüero
Y se tomó en doce uvas
Todo el año de ilusión.

Ordenó coger maletas
Para viajar por el mundo
dando vueltas y revueltas
por los patios y el salón,
y vestirse de amarillo
o al revés usar las prendas,
y el zapato billetes
para que vengan un montón.

Y que el primer paso sea
Con el pie derecho y muy firme
Y que las armas descarguen
Los tiros de su tabor...

Mientras tanto el año viejo
Lloraba de ingratitud,
Y entre burlas el agüero

Los condujo hasta el portón.

Ya se marchó triste el año
Sin que a nadie le importara
Porque se coló en la rumba
¡contento el año mejor!

LAS FIESTAS

Se formó en Ocaña una singular mezcla al fusionarse los expedicionarios españoles de 1570 con las doncellas hacaritamas. Y decimos que singular, porque desde entonces sus habitantes se precían de poseer originalidades exóticas, propias de la tierra; además de un espíritu autónomo, rebelde, un poco egoísta y absolutamente curioso y burlesco de las bienaventuranzas y desgracias ajenas. Pero especialmente inclinado a la fiesta, la rumba y la bohemia.

Una de las muchas particularidades del ocañero es su ritmo innato, que no sería resaltable si perteneciera a zonas ribereñas o costeñas, donde el sabor africano heredó a sus descendientes la sal de los movimientos, pero que no es frecuente en las ciudades del interior.

Este atributo hace de las ocañeras unas parejas incomparables desde los lejanos y censurados bailes de “tambor”, de “brindis” y de “cascabel gordo”, cuando al son del tamboril se entregaban a los vaivenes, unas veces reposados y otras veces frenéticos de la danza.

La afición por la jarana hizo que las fiestas formaran parte de la idiosincrasia. Son fiestas extremadamente largas, que se inician con los grados de noviembre cuando los bachilleres intercalan celebraciones para lograr una parranda consecutiva que empata con la novena de aguinaldos, la nochebuena, el fin de año y que termina con una maratón desenfundada de baile y aguardiente, en la parafernalia de los carnavales, el seis de enero del año siguiente.

Es entonces cuando el tranquilo acontecer ocañero sufre un vuelco radical. El tráfico se congestiona con la algarabía de los músicos, las cabalgatas, los vendedores, las minifaldas, los juegos de pólvora, y los choferes que cierran un costado del parque.

Las fiestas forman parte de un conjunto de eventos que le son inherentes: **los carnavales**; con sus comparsas, disfraces, agua, maicena, orquestas, bailes y reinas; y **las ferias** con exposiciones de ganado, cabalgatas, toros, juegos

pirotécnicos, noches de globos aguinaldos y otras actividades de esparcimiento popular.

La radio también participa en la alegría, con emisiones como las de la corporación de ferias; Alfredo Vergel Solano; y especialmente, el programa “carnavalito” que es el mas urticante y popular de todos, dirigido y locutado por Alfonso Carrascal Claro, con la colaboración de Alonso -Loncho- Sabbagh y de Manuel Jácome Álvarez. “carnavalito” ha logrado acaparar una enorme audiencia porque Alonso Carrascal sabe combinar la ironía con la broma, se burla de personajes intocables y eso le gusta al pueblo.

Además de los bailes infaltables, el ocañero tiene otras formas de pasar las fiestas:

1. Con la práctica de un ilícito ya apadrinado por la costumbre: **Libando en el carro**, con música estridente, dando vueltas y revueltas a la ciudad, hasta que aparecen los hirientes rayos del sol madrugador.
2. Con la **parranda-parranda**, que consiste en reunirse en lugares apropiados, como los estaderos de miya en Villanueva, de la mona en la amargura, de choyo en el mercado; o en kioscos y solares como el de los hermanos Carrascal Claro; campitos como el de Manolo Jácome en la Ermita o los de Venadillo, Aguas Claras, La Floresta y Pueblo Nuevo. En estas reuniones no se baila; chisporrotea la lengua al son de la música de cuerda y del aguardiente, tres brincos, chirrinchi, bolegancho o tapetusa.
3. Con la **serenata**: que origina o se desprende de la parranda como en todas partes, el motivo es el amor o el desamor, y a veces la carga de conciencia del esposo, echado por trasnochador y alcohólico, que tratando de reconciliarse vuelve a reincidir con el agravante de atiborrar la casa de músicos y borrachos que levantan en la madrugada a la enfurecida señora, para que “nos prepare la carnita que ahí le traemos”.
4. Con el **sancocho**; que es otra disculpa para despachar garrafas de licor, pero con la conciencia tranquila, por el “enorme bien” que se le hace al organismo, vitaminizándolo con la sustancia de gallinas, chivos, coroncoros, etc. El sancocho se prepara o se manda a preparar donde Rodrigo Manzano, Ana Ascanio, en el típico y acogedor campito del Mono Lébolo; en la orilla del Algodonal, por los lados de San Luis y la cabaña o donde quiera que alguien ofrezca peroles, sillas o totucos.

5. Con **el pleque-pleque**: que consiste en reunirse como quien no quiere la cosa, en una esquina, sosteniendo paredes, mientras esconde “la botellita” que ingieren con rapidez increíble, al compás de la cháchara locuaz y maliciosa. Otras veces lo hacen en la puerta de almacenes y tiendas, manteniendo el licor dentro del establecimiento a donde entra uno por uno, mientras se escuchan expresiones como estas:

Metámonos un carpetazo.
Tamáte uno.
Empújate el otro.
Vení, zampáte un guarilaque.
Echémonos un guacharacazo.
Servíme un transparente.
Quiubo con el anisado.
Adentro con este palo.
Echémonos a la perdición.
Que paso con el chirrinche.
Pasáme el bolegancho.
Pasáme los anetoles.
Écháte un buen guariñaque.
Acabémonos este guaro.
Metéte un campanazo.
Echáte uno.

6. Y finalmente los que proclaman a los cuatro vientos que no gustan de las fiestas y se largan a Pueblo Nuevo u a otro sitio, bien provistos de comida y aguardiente, y regresan a los tres días, verdosos, y famélicos, moribundos del guayabo.

Ante tales realidades, no es extraño que se tomaran medidas, como la que reseña la revista “renovación” . Número 25 de marzo de 1925:

“Guerra a las trasnochadas. Ningún hombre honrado debe estar fuera de su hogardespues de las nueve de la noche, sino por causas muy justas, urgentes y conocidas de su esposa si es casado, y de sus padres si es soltero o menor. La policía lo proveerá”.

Que dirían aquellos patriarcas de la revista dirigida en su juventud por el extraordinario escritor Luis Sánchez Rizo, si supieran que hoy, sesenta y seis años después, las nueve de la noche ya no significan el término del día sino que

marcan el inicio de una actividad parrandera y bulliciosa, que ni siquiera termina con la luz del sol.

LAS FERIAS

Nuestro premio nacional de ciencia, Raúl Pacheco Ceballos, dice en su escrito “Gobernadores y Jefes Departamentales” que las ferias de Ocaña se remontan a 1849, cuando en ordenanza de ese año se mandaba: “Habrá una feria en esta ciudad, que comenzará desde el siete hasta el quince de cada año”.

Sin embargo, estos buenos deseos fueron truncados brutalmente por la espantosa epidemia de cólera que causó en Ocaña muerte y terror.

En ciertas épocas de año en la ciudad se colmaba de negociantes que realizaban variadas transacciones económicas, especialmente en ganado y productos agrícolas, lo cual hizo necesario que se organizara la feria.

La primera importante, al decir de Luis Sánchez Rizo, fue entre el primero y el seis de enero de 1920, simultánea a una exposición industrial, artística y agropecuaria. Su presidente fue Don Julio R. Jácome Niz, quien premió a los participantes con medallas y dinero.

No bien se iniciaba la feria llegaban los “reinosos” -procedentes del interior- que traían mercaderías de Boyacá: trabajos en cerda, cuerno y cuero, frenos de suesca con sus coscojos y bocaos, monturas y zamarros de Chocontá, sogas de crin de caballo de hasta cuatro metros de largas, cobijas de lana virgen, pintadas o de color, y en fin, todo para los aperos y las jáquimas de las bestias en cueros trenzados o torcidos, que eran muy apetecidos.

Con el transcurrir del tiempo ha venido operando una junta bajo la jerarquía del gobierno municipal. Su objetivo es organizar los esparcimientos populares entre el ocho de diciembre y el seis de enero.

Del aspecto cultural poco se había preocupado, excepción hecha durante la alcaldía de Alfonso Carrascal Claro, quien en 1972 nombró por primera vez un coordinador cultural para la junta de ferias y fiestas. En aquella ocasión se llevaron obras de teatro y recitales a los barrios periféricos, y se realizó con el “Grupo Escénico de Ocaña” – G.E.O.- un gigantesco concurso de pintura infantil en el parque 29 de mayo.

Así mismo, durante la alcaldía de Carlos Daniel Lemus, en 1961, se organizó el primer desfile de “Los Genitores”, dirigido por Carmen Eliecer Quintero con la colaboración de Alfonso Carrascal Claro y Carlos Torrado Clavijo.

Los escenarios para eventos de la feria se ubicaban en el parque, en el barrio La Primavera y en el Colegio Caro, hasta que en 1966 se inició una campaña, orientada por Gabriel Neira Quintero, para construir el “Coliseo de Ferias”. Fue respaldado por el diputado Ramón Sanjuan Quintero, quien hizo incluir en el presupuesto Departamental la suma de doscientos mil pesos para la iniciación de los trabajos con lo cual, al decir de Neira Quintero “se cristaliza un viejo anhelo comarcado para que nuestras fiestas se realicen dentro de un verdadero ámbito progresista”.

Construida la plaza de ferias, se le llamó del “Toro Sentao”. Tiene instalaciones apropiadas para exposiciones de ganado vacuno, caballar y menor, además de un gran salón que se colma de orquestas y bailarines al llegar la fiesta.

En los últimos años, Manuel Salvador Alsina, actual alcalde popular, institucionalizó las festividades del catorce de diciembre y la serenata de cumpleaños de Ocaña; presentó el “Desfile de los Genitores” como gestión amparada y auspiciada por el gobierno municipal; y encontramos por primera vez el patrocinio oficial para concurso e impresión de discos y libros de cuento.

LOS REINADOS

La belleza de nuestras mujeres sobrepasó las fronteras nacionales desde el siglo pasado. Ya lo decía Emiro Quintero Cañizares:

En esta ciudad del norte
Solo tres cosas encuentras,
Bellas mujeres soñadas,
Mucha flor y alegre orquesta.

Desde que en 1924 se eligió a Aura Eva Niz de Roca en el Club Ocaña como reina de los estudiantes, se ha sucedido una innumerable cadena de reinados.

Algunos para promocionar, como el reinado de la “costeñita” en 1960, cuyos votos eran con tapas, y en el cual compitieron Alba Luz Mena, Clarita de la Rosa, Carmen Yaruro; en la versión infantil compitieron Mary Rosa Torrado, Ofelia García, Magda García, Marina Lemus.

Otros eran reinados de moda, como el de los “Teen Agers” en 1960, cuya reina fue María Consuelo Torrado y otros como el de las FAC, que logró que su candidata Alicia García Núñez fuera a competir por la corona de nuestro departamento.

Tradicionalmente prevaleció el reinado del Club de Ocaña, cuya candidata era escogida para representar a la ciudad en los eventos nacionales.

Entre sus reinas recordamos a Aura Eva Niz, Carmen Helena García Jácome, Carmen Helena Lemus Sánchez, Carmen Emilia Lemus, Teresa Rochel, Fanny Zurek, la hermosa Margarita -Marita- Ujueta, Margoth Carvajalino Jácome, Ofelia de la Rosa, quien fuera coronada por la Nena Lemus, a Mary Roca Pacheco en 1948, cuyas princesas fueron Clarita Zurek y Esther Pacheco Ceballos.

Las candidatas para los concursos de mayor trascendencia se eligen entre los amigos, así sucede con el reinado del café, del mar y del bambuco. En este último nos han presentado, entre otras: Claudia Manzano, Ana Liliana Mozo Pérez, Magnolia Velazquez, Brigitte Mildred Sánchez Sánchez, Aura Yaneth Gálvis, Beatriz Rojas, Lugdy Manzano Arenas, Sandra Clavijo, Carmenza Vergel y Ana Mercedes Perez Casadiegos quien fuera virreina nacional del bambuco en 1988.

Para el reinado nacional de la belleza, nuestra candidata debe competir en la feria internacional de San Nicolás de Chinácota por el cetro del departamento.

Como detalle curioso, encontramos que en 1956, la reina del club Ocaña, Clarita de la Rosa competía por la corona del Norte de Santander contra Amparo Canal, hoy señora de Turbay. La hermosura de las candidatas dividió el favoritismo, por lo que el comité que apoyaba a Clarita, compuesto por Juan Manuel Duque Jorge Haddad, Luis Zurek y Rafael Jácome, junto con el comité que apoyaba a la señorita Canal pidieron a Juan Lozano y Lozano que decidiera cual de las dos iría a Cartagena, este, al observar el entusiasmo y el radicalismo del grupo prefirió evitar problemas resolviéndose por una tercera: la señorita Mercedes Suárez. Años más tarde la rivalidad se repetía entre do primas hermanas de las mencionadas, cuando en chinácota Magda García de la Rosa competía contra María Eugenia Canal Perdomo. Hubo necesidad de conseguir un edecán militar para la señorita Ocaña. Los partidarios dela señorita Canal rompieron el letrero de “señorita Ocaña” y lo tiraron por debajo de su puerta. Magda fue la ganadora y quedó en Cartagena dentro de las diez finalistas. Esta preciosa y enigmática ocañera, que ha sido adorada y también controvertida por sus paisanos, fue en 1969 la primera que nos representó en el certamen nacional. En 1963 Mary Acosta Fue elegida fue elegida para ir a Cartagena, pero a última hora se rehusó a asistir, por lo cual se carroza desfiló sola.

En chinácota han representado a Ocaña: Magda García de la Rosa, Mónica Carrascal Pacheco, Mónica Juliana Ahumada, Ximena Vásquez Pérez, Mildred Jácome, Fabiola Picón, Isabel Cristina Ramírez Peinado, Marcela Pérez Claro, Martha Arévalo Claro y Yaneth O'Meara. Las cuatro primeras han sido elegidas para representar al departamento en Cartagena.

Otras reinas de Ocaña han sido:

Olga Pacheco, quien como candidata por la guajira fue virreina nacional del mar, en 1970, es hija de Adolfo Pacheco Quintero; Clara Susana Vergel, Reina Nacional del Turismo; Natalia Carvajal SanMiguel, Reina Nacional del Acero; Carmelina Bayona Vera, Señorita Santander; y Claudia Carvajalino, candidata a señorita Atlántico. Mónica Liliana Carrascal Pacheco fue además reina nacional del café y princesa internacional del café.

Hemos querido reseñar, así sea parcialmente, los anteriores nombres, para que el tiempo no los llene de olvido, como ha pasado con muchas actividades, personales y monumentos ocañeros.

Dejamos en mejores manos el complemento de esta crónica incompleta.

LOS GENITORES

El destino de algunos hombres es convertirse en líderes de su generación, y dejar huellas indelebles en el espíritu de los pueblos. Carmito quintero fue uno de ellos. Venido de Abrego, llegó a ser un personaje popular, elegante dentro de sus vestidos de paño, de imaginación inagotable y lengua pavorosa. Organizador innato de bailes, paseos y eventos, entre los cuales su "Desfile de las Américas" causaba sensación. En él, 21 hermosas ocañeras representaban los países, cada una con el típico atuendo y la correspondiente bandera. Era un espectáculo, al decir de Ciro Osorio.

Fue este desfile de "las Américas" el padre del desfile de "Los Genitores", luego del entusiasmo que le produjo un pasaje del libro de su mismo nombre, descrito por Alejo Amaya, sobre las fiestas de reyes del seis de enero, en la página 196.

Carmito se propuso resucitar a los fundadores de Ocaña con la ayuda de Alfonso Carrascal Claro, quien acababa de llegar de la IV feria de Manizales, donde había participado en el desfile de "Los Fundadores". Y de otro amante del folclor, Carlos Torrado Clavijo. Los tres empezaron a madurar la idea.

Genitor significa: Padre, creador. “Los Genitores” es el desfile de quienes han forjado la historia de Ocaña, desde los primeros hasta los actuales pobladores.

El burgomaestre de la ciudad, Carlos Daniel Lemus, prestó su concurso parra que el evento se realizara de la mejor manera, y el 3 de enero de 1961, salió a las calles de Ocaña, con un éxito que rebasó las pretensiones de los organizadores.

El desfile fue presentado en 9 comparsas:

1. Aborígenes antes de la conquista.
2. Conquista y fundación de Ocaña (1570)
3. Antón García, damas y caballeros de la colonia (1660 a 1700).
4. Los colorados (1816 a 1822)
5. La gran convención (1828).
6. Columna de los esclavos. Amos y Esclavos (1851)
7. Desfile de las Americas. Trajes típicos (Carmito incrusto su primer desfile, que nada tiene que ver en la historia de Ocaña, como una comparsa mas de “los genitores”).
8. Folclor colombiano.
9. Poblaciones de antaño. Se destacan los turcos o sirio-libaneses.

En plena preparación del segundo desfile, el 23 de diciembre de 1961, murió Carmito Quintero. Lo reemplazó en la dirección del evento Alfonso Carrascal Claro, quien terminó de organizarlo y lo presentó.

Vino entonces el silencio, pasaron doce años y del desfile solo quedó el recuerdo, algunas fotos y una o dos películas, hasta que Álvaro Carrascal Pérez, tesorero impulsor del arte y la cultura nativa, se dispuso a revivirlo. Escudriñó fotografías y baúles de los primeros participantes en busca de disfraces, y creó el “Comité pre-desfile de los Genitores”, del cual fue nombrado presidente; Nancy Claro V., secretaria; e Ilva Stella Sánchez C., Tesorera. Además los siguientes coordinadores: Álvaro Chamie ., Carlos Uribe, Jose Luis Rincón, Rosalba Murillo, Alberto Ramirez Q., Elizabeth Qüín, Luis Alvarez Bayona y Elio Mendoza Lemus.

Se iniciaron los trabajos y finalmente a un costo de trescientos mil pesos, salieron 580 personas, muchas de ellas con vestuariosbordados y diseñados por el mismo organizador.

Se reconstruyeron las nueve comparsas del desfile de carmito, pues la filosofía era rescatar el original.

La marcha se inició desde el convento de San Francisco, por toda la calle real, hasta la casa de la cultura, voltearon a la calle diez y amargura para volver al convento.

Nuevamente se logró éxito absoluto. Consideramos pertinente reproducir un fragmento de nuestro artículo: “y siguen los genitores” de 1975:

“Termina el desfile y con él se van marchando los recuerdos, se va alejando la caravana y el bullicio, solo se aprecia ya la figura de Álvaro Carrascal, allá en la lejanía, impartiendo órdenes, cuidando con esmero de su obra... mañana será también un genitor, cuando ya no exista, cuando su vida pase, será un personaje del desfile año tras año, reencarnado por diferentes cuerpos, en diferentes épocas... y volverá a este mundo para seguir trajinando con “Genitores”.

El desfile salió en 1975 y 1976. Después regresó el silencio. Esta vez durante quince años.

En 1990, dos antiguos coordinadores del desfile, Alberto Ramírez Quintero y José Luis Rincón iniciaron una campaña para revivirlo. Encontraron eco inicialmente en la cámara de comercio hasta el Dr. Manuel Salvador Alsina, interesado en la proyección de los valores auténticos, asumió el evento como un reto y quiso institucionalizarlo, porque consideró que era una buena forma de reafirmar la identidad del ocañero. Alfonso Carrascal Claro, co -introducción del desfile de 1961, conductor del de 1962 y activo participante en los de la década del 70, fue escogido como coordinador general para que proyectara y realizara el desfile.

Alfonso Carrascal se supo rodear de un excelente equipo humano, que unido bajo el nombre: “corporación del desfile de los Genitores”, realizó una magnífica versión, diferenciada de los primeros en la cantidad de participantes que llegó a setecientos, y en el número de comparsas, que de nueve pasan a diez y ocho, ya que se le agregaron:

1. **Leonelda**, que se separa de “los aborígenes”.
2. **Antón García**, que se separa de “la colonia”.
3. **La Romería**, Alusiva a la virgen de Torcoroma (1ª. Vez)
4. **Las Amazonas**, se separa de “Damas Caballeros de la colonia”.
5. **Liberación de los esclavos**: se separa de “la columna”.
6. **Los símbolos**, Escudo, Himno y bandera (1ª. Vez)
7. **Campesinos de la comarca**, se separa de “pobladores de antaño”.
8. **Aguateros y lecheros**, se separa de “pobladores de antaño”.

9. Los gitanos, los políticos y los personajes típicos, también formaban parte de “pobladores de antaño” que era la mas escandalosa numerosa de las comparsas.

Por la cantidad de participantes, el desfile se inició en la federación de cafeteros, pero los “cuadros” salían diferentes puntos de la ciudad.

El gobernador Lizarazo, la reina departamental y numerosas personalidades del campo nacional, así como los principales noticieros de prensa y televisión se hicieron presentes, con lo cual la “serpiente de colores” –como la denominó Alfonso Carrascal- inició la proyección y difusión que requiere. Nuestro evento no desmerece en nada si se le compara con los “silletteros” de Antioquia o con los “Fundadores” de Manizales.

El desfile de los Genitores es ya patrimonio del pueblo ocañero, se divide en historia, folclor y leyenda. Esta se suelta a la imaginación y vivifica personajes inexistentes, como a Teófilo, el escudero de Don Antón, que fue creado por Luis Serrano Reyes. Viste a Leonelda de pequeñas y atrevidas prendas y no de la saya talar de la época, que minimizaría su encanto.

Sin querer pecar de impertinentes, consideramos que comparsas con Bolívar, Morillo, los espantos nativos, los personajes típicos más definido y los que hicieron la fiesta, como Juana Lázaro, Carmito Quintero o Álvaro Carrascal Pérez, enriquecerían el espectáculo.

Las personas que participan en “Los Genitores”, como organizadores y participantes, lo hacen sin excepción, motivados por el amor y el cariño a su tierra y sin ninguna otra pretensión que promocionarla. Ocaña les debe permanente reconocimiento, pues al asumir el reto de manejar esta parte de nuestra identidad, también asumieron el reto de manejar esta parte de nuestra identidad, también asumieron con la ciudadanía un compromiso delicado, que coloca sus nombres en la palestra de la crítica o del elogio. Ese es el precio!

MI PRIMER CARNAVAL

liii...!, veme que gestionón!
Me pusieron el chilingo
Pa' que juera a presentar
Un abrazo tamalero
A tavito en carnaval.

Mita me dijo: Huy ve lindo,
Como te ves de formal,
Tilingáte en la burrita
Pa' que te rinda el andar.

-yesu boba, yo le dije,
la burra no corre ná.

Pegotico e los infiernos
Andá ite, pero yá.
Tené cuenta con el flus
Que lo acabo e remendar,
Tatareto del carajo
No me lo vas a empuercar.

Y me salí esbaritao,
En pela por el ramal
Cortando por tacalao
Hasta el tamaco arriscar.

De un berrancazo la puerta
Yo la supe esperancar
Y dentrandome pa dentro
Lo pude felicitar...

-Pero Juanca, no sias toche
Si estamos en carnaval.
Aquí no se felicita,
Aquí se viene a jugar.

Y un purrunao de maicena
Me fue zampando tenaz
Por la boca y las narices
Y me tupió el lagrimal.

Hay virgen de Torcoroma
Que ahogado me supo dar.
Que muérgano ese Gustavo
Que a yo me puso a berriar.

De ñapa pa' la forusca
Y sin tenerme pesar
Me jondieron totucaos
De agua fría sin parar.

¡Arrejao que mita venga
Pa ver que les va a pasar!
¡ya me dañaron la pinta,
Mi taita me va a matar!

Me degolví pa la Ermita
Como pollo pa pelar,
Pero riéndome por dentro,
Pues me gusto el carnaval.

Los orígenes del carnaval se remontan a los primitivos ritos de invierno, los bacanales griegos y los saturnales romanos, conservando de ellos una elevada dosis de música, danzas, bebida y sexo.

Al llegar con estos ingredientes a la pacata Ocaña, la trastornaron, pero también la alegraron, y a pesar de la rabiosa y enconada resistencia de algunos sectores, terminaron por enseñorearse de la ciudad.

En Ocaña como en otros lugares, los ritos religiosos propiciaron la creación de dramas y disfraces que fueron preámbulo para los carnavales, especialmente durante las celebraciones del corpus y la fiesta de reyes del seis de enero.

En 1786 encontramos a doña Juana Lázaro Velasquez, quien decidió que la mejor forma de gastar su dinero era contratado costureras para que elaboraran los disfraces de diablos, indios y santos, y preparando los escenarios de las fiestas, que Alejo Amaya describe en sus "Genitores":

"entre repiques y petardos que hacían saltar de gozo el corazón, llegaba por fin la fiesta ambicionada. Desde el amanecer trabajaba como hormigas en las cuatro esquinas de la plaza multitud de chapetones y de criollos, que sudaban el kilo trasponiendo montañas con sus grutas sombrías... ..edificando ermitas...

Al terminar los oficios religiosos, los disfrazados se convertirán en motivo de curiosidad y regocijo, especialmente los diablitos, a quienes los pela. Fustanes halaban la cola para hacerse perseguir en medio de la hilaridad del público.

En la noche las gentes se reunirán, ya achispadas, para disfrutar de las fiestas preparadas por Doña Juana. Los elegantes invitados se mezclaban con diablitos y santos; y con los sacerdotes que habían propiciado las celebraciones.

Existía pues una comunión especial entre la fiesta religiosa y la profana.

Los bailes duraban hasta tres días, en los cuales al decir de monseñor pacheco, los espíritus eran "dominio por el anestésico anís y las vibraciones del tiple, la guitarra y el tamboril".

El gusto de las gentes por los disfrazados hizo que se separaran estos de las fiestas religiosas y se organizaran como comparsas, especialmente en la costa y en particular en Barranquilla, la ciudad pionera de estos menesteres de la alegría.

Precisamente un nativo del la arenosa, pero con ancestros ocañeros y fiel enamorado de la ciudad. Henrique Ruiz Machuca, se hizo el propósito de iniciarlos en Ocaña.

El concejo municipal acogió la idea y en noviembre de 1945 nombra la primera “Junta del Carnaval” integrada así:

Presidente	Henrique Ruiz Machuca
Vicepresidente	Alejo Conde Pacheco
Tesorero	José Vicente Navarro
Secretario	Gustavo Quintero
Vocales	Ciro Osorio Quintero y Orlando Trigos.

Que se dedicaron con entusiasmo a la tarea. La respuesta fue magnífica, y el primero de nuestros carnavales se realizó con éxito entre el 4 y el 6 de enero de 1946.

Se permitió el lanzamiento de agua y maicena y se reglamentaron unos capuchones similares a los utilizados por los nazarenos, pero de variados colores.

En el afán de prevenir incidentes –que no faltaron- aquellos que tenían disfraz, requerían inscribirlo en la alcaldía, donde les entregaban un número escrito en una tela que debía coserse al capuchón.

El carnaval hizo desbordar los placeres de la carne, de la bebida y los sentidos, sin que pudieran ser contenidos ni por los organizadores ni por nadie.

La iglesia no tardó en dar la voz de alerta a raíz de un bochornoso incidente, cuando algunos borrachos no respetaron la investidura sacerdotal del padre Martínez, muy querido de la población, y le arrojaron maicena, además de hacerle ofensas de palabra. El clero se levantó airado y Ocaña fue declarada en entredicho eclesiástico, es decir que mientras este duró, los sacerdotes no celebraron misas y los fletes debían trasladarse a la vecina población de Rio de Oro hasta que le fue condenada la sanción clerical. Posteriormente la iglesia interpuso su poder para impedir futuros carnavales, pero ya era tarde, el pueblo no permitió que estos se suspendieran.

De todas formas, para contener excesos, la alcaldía empezó a dar palos de ciego, con resoluciones que la mayoría de las veces eran contradictorias:

- Que se ordene la inscripción de disfraces
- Que se prohíban los capuchones
- Que se reglamenten las juegos.
- Que se prohíban las juegos.
- Que se construyan cantinas en el parque

Que desalojen las cantinas del parque
Que se prohíbe echar agua
Que se autorice a los bomberos para que echen agua
Que se cierren los registros del acueducto
Que se prohíben los carnavales en el perímetro del parque
Que los carnavales se realicen solo en el perímetro del parque
Que todas las fiestas se trasladen al "Toro Sentao"
Que cárcel para el que arroje bolis
Que cárcel para el que arroje anilinas o tinturas
Que la plaza de toros se construya cerca del cerro
Que la plaza de toros se construya lejos del cerro.

Pero nadie entiende ni se preocupa de lo quiere el gobierno municipal. Lo importante es disfrutar la carnestolendia de la mejor manera.

Anteriormente los carnavales se iniciaban con la lectura del bando, después del discurso de coronación de la reina central o reina del carnaval. Hoy se inician cuando repican las campanas del medio día del cuatro de enero, así como lo dice Emiro Quiintero Cañizares:

"Al filo del medio día
Repicaban las campanas
Un sonsonete de rumba
Que me hizo bailar el alma".

Los carnavales subsisten a pesar de los folios legales en su contra y de las radicales críticas de la iglesia que en los últimos tiempos ha sido mas comprensiva.

Dice "La Torcoroma", dirigida por monseñor José Francisco Rodríguez en su número 9 de diciembre de 1963:

El señor obispo no prohíbe las fiestas en Ocaña, ni puede prohibirlas quiere que las haya, pero quitándoles lo vulgar y lo plebeyo, y lo pecaminoso que han tenido desde que se importó el célebre carnaval acarician malintencionadamente a las muchachas.

No obstante, estos lunares aislados no logran empañar la algarabía y el retozo durante los tres días del desenfreno carnavalero.

Un día de carnaval en Ocaña es así:

No bien repican las doce, el comercio se cierra. La ciudad queda solitaria. De pronto despierta con grandes alborotos, como si hubiese estado dormida durante los trescientos sesenta y dos días que le precedieron, jóvenes y adultos, con camisetas “amansalocos” y pantalones viejos, portando cajas de maicena y bolsas con “vejigas” llenas de agua, salen a la calle en busca de sus amigos. Los camiones pasan con estruendo de bocinas, advirtiendo que en su carrocería vienen gentes de fiesta; desde allí lanzan agua y colorantes que llevan en timbos y botellones plásticos, y son blancos a su vez de los francotiradores que desde pisos altos, o escondidos detrás de los portones, los esperan.

Los vehículos antiguos, los jeeps y las camionetas, son los preferidos para el carnaval, adornados con matas de plátano y vegetales, como ingenua muralla contra los “bolis” y las “vejigas”. Cuando sus ocupantes observan una víctima, o un “objetivo” que por lo general son mujeres paran el carro y se lanzan, maicena en mano, contra quienes huyen a la carrera como gacelas asustadas, hasta que perseguidores y perseguidas, se confunden en medio de una nube blanca. Cumpliendo su cometido, los atacantes se alejan y las muchachas quedan con sus ojos, oídos, narices, repletos de maicena y lanzando a media lengua imprecaciones contra sus victimarios que ya se han perdido muertos de la risa.

Los tiradores de agua se apostan estratégicamente en el “Dulce Nombre” por los lados del mercado, donde Rommel, en el “Carretero”, en la “Urbanización Marina”, pero especialmente en “San Agustín”, “el Martinete” entrando o saliendo del “toro Sentao”.

También pasan carros repletos de curiosos que no juegan. Traen las ventanas y puertas herméticas para impedir el agua y la maicena, que de todas maneras se las arrojan en inútil esfuerzo de alcanzar a los ocupantes. Estos, por supuesto, se mueren del calor dentro del vehículo sudan a chorros, los niños chillan, los vidrios se empañan, y todos terminan con un resfriado impresionante al salir en despoblado para tomar aire fresco.

En el parque hay orquestas que no cesan de tocar, para diversión de quienes van llegando, generalmente rucios de maicena, mojados, pintados, algunos trasquilados y todos borrachos, hasta que amanece el nuevo día.

La noche siempre depara sorpresas: concurso de globos, palmitas, o juegos pirotécnicos, complementados con la vaca-loca, que despide voladores, pitos y buscaniguas, haciendo huir despavoridos a los que aparecen en su camino.

El seis de enero culminan las fiestas más largas del país. El pueblo se da cita en la plaza de toros, pero no entra, prefiere ver las corridas desde el cerro, entre

polvoredas de maicena y el nervioso **corre que corre** de las muchachas. En la explanada, otros, con una ingeniosa máscara plástica para proteger los ojos, le dan vueltas al circo haciendo quites a los caballos y a las ventas, gozando de los improvisados bailes de acordeón, caja y guacharaca.

Cuando cae la tarde, se le da el réquiem a camisas y camisetas, que rasgan entre los parranderos.

La mañana del siete, la ciudad amanece aletargada, en un solo guayabo y con los bolsillos “limpios”. Los turistas empiezan a empiezan a empacar y macondo se vuelve a apoderar de Ocaña.

Y borrachos sol y luna
Embolatan noche y día
Hasta que las fiestas pasan
Y cesa la algarabía.

LAS REINAS DEL CARNAVAL

En 1946 se realiza el primero de los reinados del carnaval, con el siguiente reglamento:

1. Las inscripciones quedan abiertas entre el 20 de noviembre y el 20 de diciembre.
2. Las candidatas deben ser propuestas en carta suscrita por lo menos por cinco personas, además de la candidata.
3. Los clubes sociales no pueden lanzar candidata propia, pero sus miembros, particularmente, si lo podrían hacer.
4. La elección de la reina será por voto popular en urnas colocadas convenientemente.

En algunas elecciones ocurren incidentes simpáticos, como en 1972, cuando los jurados no se pusieron de acuerdo y declararon un empate entre tres candidatas, sin que ninguno de ellos diera su brazo a torcer. La elección se transmitía por radio y por los altavoces en el perímetro del parque. La gente se impacientaba pidiendo reina.

Ante la incómoda situación el alcalde solicitó al Dr. Manuel Canosa –a quien acababa de designar por decreto como hijo ilustre y adoptivo de Ocaña- que tomara la decisión y que así terminara la angustia de las niñas y la rechifla del pueblo.

El Dr. Canosa, quien siempre ha sido galante, tomó el micrófono y dijo: “con la autoridad que me confieren el alcalde y los jurados, declaro reinas a todas las candidatas, porque todas merecen ser coronadas”. Ningún ruego pudo modificar su decisión. El desenlace de este simpático incidente pregúntelo a Alfonso Carrascal Claro, quien era a la sazón el alcalde.

El reinado del carnaval es el único oficial en Ocaña, con la participación del gobierno municipal y del pueblo, con estas características la ganadora del evento debería ser la verdadera señorita Ocaña.

No obstante este reinado se ha venido a menos en los últimos años. Para las niñas que realizan una esforzada campaña, el reinado es efímero, pues una vez coronadas, el pueblo, los organizadores y los organizadores y los dirigentes las olvidan.

Los responsables de este evento se encuentran en mora de diseñar programas que duren todo el año, para promocionar a la reina, por otra parte, si se coloca especial cuidado en los requisitos, y se convoca a los diversos gremios, asociaciones, clubes, etc. Para que la respalden, la reina del carnaval y sus princesas, serían por derecho propio las candidatas a los reinados del bambuco, del mar, y al departamental. De esta manera no seguiremos improvisando con nuestras candidatas, -generalmente impuestas, y que muchas veces no conocen la ciudad- sin que se tenga para nada en cuenta a la soberana popular elegida el seis de enero.

Últimamente se eligen dos reinas: la central y la del carnaval, lo que contribuye a crear confusiones.

LAS REINAS

Felisa Carrascal

Elba Gandur

Dora Lobo Rochel

Beatriz Calle A.

Mireya Rodríguez

Clarita de la Rosa Rizo

Elisa Magdalena Álvarez

Gladys Valenzuela Sarabia

Esperanza López

María Eugenia Cabrales R.

Alcira Sierra

Fabiola Guerrero

Marina Quintero

Doris Torrado

Miuriel Amores

Orfanda Sánchez

Lucy García

Lucy Echavez

Astrid Vergel Carrascal

Astrid Navarro Paba

Mayra Pallares

Sofía González

Magda Gentil

Mary Rosa Gentil

María Ninfa Lemus
Ninfa Silva
Cecilia Asaf
Nohora Álvarez
Nohora Stella Páez Quintero
Fabiola Jácome Vega
Mary Rosa Torrado
Nubia Rodriguez
Mireya Rodriguez
Margoth Fajardo
Genith Pérez
Nubia Pérez Manzano
Luz Marina Prado
Dery Montañó
Maria Consuelo García
jacibe Gandur
Lucy García
Sonia García
Ilba Carrascal
Carmen Yayuro
Fabiola Ujueta
Mercedez Álvarez
Lugdy Gandur
Maruja Gandur
Tota Gandur
Blanca Gandur Arévalo
Maruja Claro
Anita Aycardi

Clara Alicia rozo
Leddy Sánchez
Nhora Peñaranda
Mery Portillo
Rosa Lía Ibañez
Claudia Rojas
Myriam Colobón
Claudia Carrascal Pacheco
Amparo Molina
Blanca Cecilia Gutiérrez
Yamile Mejía
Merly Guerrero
Laura Guerrero
Anaïs Acosta
Salma Sagra
Myriam Quintero
Nancy Torrado
Inocencia Dueñas
Elba Ascanio
Maritza Quintana Blanco
Nidya Caicedo
Rosario Navarro
Lucy Álvarez
Naid Claro Mena
Cecilia Arévalo
Blanca Conde Cabrales
Gloria Jácome Peinado
Mery Romano Marún

Desde 1988 se eligen dos reinas, la central y la del carnaval:

1989

Central:

Maley Carolina Jaime

Carnaval:

Alexa Rozo

Julieta Devis Pereira, fue reina del carnaval de Barranquilla y después reina del carnaval de Ocaña.

1990

Central:

Laura Guerrero

Carnaval:

Claudia Jácome

LAS TENTACIONES

No podemos disimularle al carnaval los elementos orgiásticos de sexo y bebida inherentes al rito primitivo de sus antecesores, los saturnales y los bacanales romanos y griegos.

Ni siquiera los miembros del clero se escaparon de las sabrosas tentaciones de la carne, muchas veces aprovechando su investidura. Fue por eso que el obispo Fray Luis Martínez de Gayoso, se vio en la obligación de ordenar en 1707 lo siguiente:

“Ítem mandamos a todos los eclesiásticos, confesores de esta ciudad, que ninguno pueda confesar en la cuaresma, ni en otro cualquier tiempo a mujer alguna después de tocadas las oraciones, ni antes del amanecer, todo lo cual se les manda debajo de excomunión”.

Si esto sucedía por el lado de los religiosos, que no sería por parte de los demás mortales, débiles a las tentaciones, que en medio del licor y los regocijos, recurrían a los medios más inverosímiles para conseguir los favores del cuerpo de las damas.

Asegura Alejo Amaya en “Los Genitores” que:

“Siempre son malos los principios y los fines de siglo...por el año de mil seiscientos noventa y pico...esta Ocaña...andaba un poco relajadilla de costumbres y un mucho olvidada de los mitrados pastores de la grey, que veían en esta disimulada perpetuación de la especie, un pecado abominable.

“Pero por más que tronaban los ilustrísimos prelados contra los criminales descarríos de las amadas y expuestas ovejas, no dejaron los ocañeros de entregarse al diablo en cuerpo y alma, dando siempre escándalos mayúsculos en los bailes de tambor y en las fiestas de cascabel gordo, propinando abortivos a granel y haciendo otras lindezas de no menor calibre”.

Con el propósito non sancto de doblegar la escasa resistencia mujeril, los mozalbetes no dudaban en blandir **palabra de matrimonio**, mención cabalística que siempre ha tenido repercusiones mágicas entre los jóvenes asaderas, pues al escucharla se rendían a los dulces requerimientos del don Juan de turno, quien, pasado lo rico, se hacía el olvidadizo de la palabra empeñada, y más bien la reutilizaba con los mismos resultados en otros doncellas ingenuas y querendonas.

Si por desgracia, estas quedaban **empaquetadas y empetacadas**, todo se convertía en crujir de dientes y latigazos de lengua.

Ante la continuidad de la situación –que hoy después de trescientos años sigue repitiéndose- el obispo Martínez Gayoso quiso frenar los arrestos canallescos de los donjuanes de Ocaña con el siguiente mandato.

“Ítem mandamos a nuestro vicario, que luego que llegue a su noticia el que alguno haya dado palabra de casamiento, se informe y asegure de lo cierto, y hallándolo serlo, apremie y ponga las diligencias y cuantos rigores sean necesarios para que la cumpla y se case, y de no ejecutarlo, nos lo envíe preso a Santa Marta, bien asegurado, impetrando para ello el auxilio real.”.

Probablemente esta medida hizo que los galanes dejar de empeñar tan arriesgada palabra; pero no les pudo servir de mucho porque con esa efectiva forma de matrimoniarse, las damas “juraban y comían tierra” que su adorado las había engañado con el controvertido argumento, para lograr el casamiento.

A pesar de semejantes riesgos, los amores continuaron, y durante las fiestas de hasta tres días seguidos los ocañeros siguieron entregándose a la danza y a la conquista del sexo opuesto bajo los efectos del licor. Ante los hechos reales y cumplidos, dice monseñor Pacheco, con una visión mucho más amplia y disculpante que el resto de clérigos, que aquellas fiestas tenían su reserva espiritual pues de allí salían los matrimonios que posteriormente la iglesia bendeciría.

Vino luego el siglo veinte y se contagió Ocaña de una beatería rayada en el fanatismo. Encontramos en “Renovación”, número 28 de mayo de 1925, una advertencia para las niñas que mostraban algo más que la pantorrilla:

“Anda, ve y dile a tu madre
Que no quieres ser cigüeña,
O que te alargue las faldas
O que te acorte las piernas”.

Qué tal si aquellos moralistas observaran las minifaldas de hoy, que parecen simples cinturones anchos y que muestran más de lo que ocultan, que tal si vieran algunas niñas que conocemos, luciendo con gracia y desparpajo el encanto de sus bellas piernas.

“Renovación” va mas allá en sus advertencias dentro del mismo número cuando dice que: “no solo un beso, sino un mal pensamiento puede ser pecado mortal”

Años después Jorge Pacheco Quintero respondería con su hermoso “mensaje” lo siguiente:

“Dile a tu corazón inmaculado,
Que si Dios permitió que me lo dieras,
Tu beso no es pecado”.

Afortunadamente esos tiempos ya pasaron, y ahora, durante este otro “temido fin de siglo” las minifaldas forman parte del jolgorio, y los malos pensamientos y las trasnochadas tienen tarjeta de entrada.

Las tentaciones de la carne ya no son reprimidas, pasaron los tiempos aquellos que recordaba Zagia Numa, en que en Ocaña la única forma de hacer el amor por fuera era sacando la mujer al patio. Sino que lo digan los clientes de aquel vetusto y descascarado “limón” de “Aguasclaras”, y de los modernos metederos de la circunvalar.

Es que por muchas que sean las trabas, el licor y la música propician el idilio. Jamás se logrará apartar el hombre de la mujer, porque:

Ella vive en “La Piñuela”,
El señor por “El Llanito”
Y sin embargo el demonio
Los sopla por “Los Surquitos”.

OTROS INGREDIENTES DE LAS FIESTAS

CABALGATAS

Entre zumba y explosión
Requintos y pasadobles,
Medio millar de herraduras
Chispean en la calle real
Con ciento veinte jinetes
Que asaltaron la ciudad.
Son los centauros del diablo
Templados y amanecidos
Que cada enero cabalgan

Corceles de Satanás,
Llenos de sangre en los ojos,
Con crines envientadas
Y que llevan en sus patas
Luces del algodonal.
Por las venas de mi tierra
Y en furioso galopar
Van ciento veinte jinetes
Borrachos de carnaval.

De tiempo atrás preparan los jinetes sus cabalgaduras, esperando que lleguen las ferias. Algunos por el negocio que les representa; pero los mas, solo preocupados porque sus corceles luzcan lo mejor posible adornándolos con arreos de lujo que estrenaran durante las cabalgatas.

Su sede es la plaza de ferias, pero cuando alguien organiza una salida y la potramenta se enfila a la ciudad, forman un tropel impresionante, impregnando el ambiente de aires de carnaval y recreo en medio de los acordes de la banda y las explosiones de los requintos.

Al ocupar toda la avenida forman unos trancones de antología. Alguna vez entramos a Ocaña en los preludios de enero. La cabalgata estaba por el Marabél. Los conductores de los vehículos, obligados a marchar al paso lento de los caballos, pitaban desesperadamente, no sabían si exasperados por el trancón, o si eran parte de la caravana y la pitazón una demostración más de la alegría que los embargaba.

El asunto se complicó al llegar a una tienda, porque allí quisieron tomarse su trago de aguardiente, al estilo de lo que dice *Ciro Osorio* en su "Romance de Carnaval".

"Alejandro Prince ordena
Que se paren los jinetes
Y en dos minutos liquidan
Ochocientos aguardientes".

Solo que estos dos minutos se volvieron media hora. El único remedio fue la paciencia, y continuamos detrás del tropel sudoroso y vocinglero, hasta que pudimos desviar por una calle de "San Agustín".

Por las tardes, cuando el sol declina y las resistencias de los jinetes están menguadas por el cansancio y los licores, no es extraño observar, ya muy de noche, el paso errabundo de un caballo con su chalán dormido, bamboleándose como una marioneta, pero pegado milagrosamente de la silla.

La participación de los nobles brutos es permanente durante las festividades y se encuentran en todas partes: Rotando en torno al circo de toros, sirviendo a los picadores en peligrosas faenas, protagonizando las matanzas de gallos, o convirtiéndose en elegantes corceles de preciosas monturas para llevar las "Amazonas" del desfile de "Los Genitores".

Las tradicionales cabalgatas fueron organizadas como tales desde 1957 ininterrumpidamente por los hermanos Carrique, Margario, Luis Humberto, y Miguel Ángel Quintero Pacheco; Hernando y Alfonso Lemus; David y Exel Reyes Castro.

Hoy sigue vivo el evento gracias al concurso de esas personas y del comité de ganaderos.

LOS TOROS

En la plaza “La Giralda”
Del barrio “La Primavera”
Suenan acordes gloriosos
De fiesta, sangre y arena.

Un toro de escasos kilos
Medio bizco de pitones
Embiste a Rafa Angarita,
“El Malagueño”, señores.

Muleteril elegante,
Gago, cazcorvo y pelón,
En todos los naturales
Imita al César Rincón.

De pronto a su molinete
El novillo se le cuela
Y lo lanza en volteretas
En mitad de la faena.

El viejo traje de luces
Se rompe por mala parte,
Sus ñatas destilan sangre
Pero se para valiente...

El pasodoble es torero
Y Rafael lo ha entendido,
Llama al toro enardecido
Lleno e ira y bravío.

Como lidia “El Malagueño”!
Que entusiasmo de su público

TORERIAS

Del estrado y la montaña!

Ya viene con banderillas
Contra el cornudo enemigo
Que bufa, embiste y resiente
Entre su lomo el castigo.

Brinca el ejemplar furioso
Y corcoveándose salta
Sobre la gente del palco
Que se espanta de terror

El pasodoble se calla,
El pueblo corre en despiste
Y en la puerta chillan todos:
¿Qué el toro! Que nos embiste!

La plaza entera traque
Por sus viejos armazones.
Se oyen maderos vencidos
Quejidos y maldiciones...

El malagueño cojeando,
Vestido para matar,
Sin orejas y sin rabo
Se vuela de aquel lugar.

Diez heridos, uno grave,
Fue el balance de hospital
De aquella tarde gloriosa
De toros y carnaval.

No fue fácil que la tauromaquia –y permítaseme el termino para denominar nuestras “corridas”- entrara en Ocaña.

Veamos la queja de la revista “Renovación”, No. 21 del 18 de enero de 1925:

“Nos sorprendió y apesadumbró que los mismos señores que por posición e instrucción están llamados a educarnos y a educar nuestro pueblo, hayan declarado con lujo de energía mal entendida, la vulgarísima, llamada corrida de toros...”.

A pesar de sus detractores y las sociedades protectoras, hoy las corridas forman parte integral del espíritu fiestero de Ocaña. Se iniciaron en los patios enormes de algunas casas, como el de las señoritas Sepúlveda o el patio de Sanjuán –hoy mercado público- en los encierros de la plazuela de San Francisco, o entre las empalizadas construidas en cualquier bocacalle, donde se toreaban las baquillas.

Hemos recogido una versión de una corrida en el patio de la señorita Cruz Conde, relatado hace muchos años por Don Antonio Páez Manzano. Decía Don Antonio que esta señorita no ponía muchos reparos para facilitar su patio a los espectáculos que llegaban a la ciudad, era una explanada bastante grande con salida a la calle y un inconveniente: en el centro del solar se erguía un corpulento cocoto. Pero este árbol, más que un estorbo, era parte integral de las diversiones que allí se presentaban, unas veces como base para cuerdas y maromas de los saltimbanquis, y otras, conveniente adornado, como ayuda de la escenografía.

Durante las corridas sus ramas servían de palco improvisado a curiosos y pelafustanes que se encaramaban para no perder detalle de la faena. Una tarde de aquellas las ramas no dieron abasto y varios asistentes se conformaron con apilarse alrededor del frondoso cocoto..

No fue si no soltar al toro y correr este contra la aglomeraron de los parroquianos del árbol, sin atender los chillidos del torero que se desgañitaba tratando de atraerlo.

La gente corría alrededor del tronco y el toro detrás. Quienes iban a la cola del animal se la tironeaban, haciendo muecas y riéndose de la angustia de los perseguidos, de pronto el toro giró en redondo y la matazón empezó contra los burleteros para diversión y horror de quienes juiciosamente se encontraban tras las empalizadas. El asunto no paró allí, porque algunos, tratando de salvarse pretendían encaramarse a las atestadas ramas y en cada intento eran dos o tres los que caían como cocotas maduras casi en las astas del toro. Levantándose despavoridos para seguir rodeando al toro en loca y atropellada carrera.

El susto y las risas de los participantes y las cogidas, revolcones y volteretas de los atrevidos del cocoto, dieron para mucho tiempo y para mucho lengua.

Por el año de 1932, varios aficionados a las corridas, entre ellos Don Gonzalo Calle Angel, llevaron hasta Ocaña novilleros y se convirtieron en patrocinadores de corralejas y encierros.

Poco después aparecieron las “Juntas”, que en los últimos años contratan a empresarios de toreros “serios y bufos”, con plazas portátiles que arman y desarman en un santiamén.

Anteriormente los constructores de los circos eran artesanos sin ninguna experiencia en esto de los toriles, pero con mucha en la de los “serruchos”. Por lo que era común que el toro resultara en las graderías, o dándose baños de popularidad y aterrorizando por las calles.

En alguna de estas escapadas un novillo furibundo penetró hasta la iglesia de Fátima repleta de devotos que se quedaron mirando estupefactos al animal. Este llegó a la nave central, junto al altar, y allí se detuvo hasta que lo amarraron en medio del paroxismo y los gritos de ¡milagro! De las siervas de María.

Durante las corridas, el sexto toro es de los aficionados o manteros. Saltan al ruedo los borrachos, los valientes, los suicidas, los aspirantes a toreros, los locos y los quieren hacer sufrir a sus novias. En un momento todo se convierte en algarabía, gritazón y risas, especialmente en el cerro donde se ubican los fiesteros bien provistos de maicena, aguardiente y vejigas con agua.

Este año se construyó la “plaza de toros la giralda”. A su alrededor, la gente que **no va a ver sino a beber** pudo divertirse con las nubes de maicena y anilinas mientras la banda interpretaba pasodobles y se escuchaban los “olee” del público.

Algunos rodean los camiones donde están los toros que resultan tener “tamacas” como bien lo asegurara Ciro Osorio Quintero en su romance, treinta años atrás.

OTRAS DIVERSIONES

LA VARA DE PREMIOS

La junta de ferias se encarga de organizar eventos populares, tales como la vara engrasada o vara de premios, que ubicaban generalmente entre el parque y la catedral. Tiene las mismas características que sus gemelas de otras ciudades. Dice Manolo Jácome –que fue un asiduo escalador de varas- que: “la impresionante altura, la grasa, el vértigo y el bamboleo que amenazaba partirla, no menguaba el arrojo de los pegotes que se chilingaban como micos y que a veces quedaban tilingando de los amazones ante el chillido de sus mamás”.

MATANZA DE GALLOS

Otro concurso, que tenía como escenario un costado de la plaza, era la matanza del gallo, en verdad un atroz esparcimiento que consistía en amarrar por las patas al madrugador animalito, de una cuerda alta que atravesaba toda la calle y que suelta por uno de sus extremos, se bajaba o subía según la conveniencia.

Los concursantes de a caballo arremetían contra la indefensa víctima para despescuezarla mientras quien tenía la cuerda trataba de impedirlo. El ganador de este cruel concurso era el que terminara con la palpitante cabeza del animal entre sus manos, o pedazos de la misma.

Otro concurso consistía en enterrar al gallo dejándole por fuera la cabeza, vendaban uno de los participantes a quien le daban vueltas para desorientarlo y le colocaban un machete entre sus manos, este debía decapitar al animalito orientado por la gritería de quienes lo rodeaban.

LOS RETENES

Los retenes del año viejo también son tradicionales. En estas épocas, todo aquel que desee deambular tranquilo por las calles y los callejones, debe estar provisto de una buena cantidad de monedas, para entregarlas a los “guardianes de la cabuya”, que exigen peaje sin ninguna consideración. Muchas veces son acompañados de la más linda vecinita a la que colocan una banda, y entonces pregonan que el dinero es para hacerle campaña a la señorita “Lehovanny primera” o el nombre que se les ocurra. Escapar de este gravamen es imposible. Y pobre del que se enfurezca para evitar el pago, porque la rechifla general lo hace regresar a esculcarse los bolsillos.

Tal vez importaba la Neiva, según nos dice Jorge Augusto Lozano, se ha hecho costumbre, que a amparo de la noche, acuesten en las avenidas un muñeco de año viejo. Los conductores frenan en seco, pensando que se trata de un muerto o un herido. Es allí cuando el muñeco se “levanta” halado por los graciosos escondidos, ante el estupor de los ocupantes del vehículo.

LAS PALMITAS

La palmita consiste en una vara a la cual se le ha trabado un armazón que contiene pólvora de diferente clase y color. Cuando estalla se dibujan escudos alusivos a los patrocinadores o temas institucionales si son hechas por la alcaldía.

Estos espectáculos pirotécnicos se programan a veces desde Cristo Rey, para que toda la población los pueda apreciar. La pólvora era comprada en la polvorearía de Castrico, o en “La Celosa” de Crescenciano y Ricaurte Uribe.

Eran famosas las competencias de palmitas, generalmente ganadas por los “cableeros” –empleados del cable aéreo- quienes se esforzaban en hacerlas más grandes, duraderas e impresionantes.

Entre los juegos de pólvora gustaba mucho el de “idas y venidas” consistía en colocar un alambre tenso que atravesaba diagonalmente la plaza, desde la esquina de Goyo Ujueta hasta la de Chepe Angarita. En ese alambre se colocaba un torpedo doble que salía disparado y al chocar en la esquina contraria se devolvía por el mismo alambre.

Es tradicional que la palmita se queme en el parque, donde es complementada con la vaca-loca, que despide chispas, buscapatas, cohetes, y martinicas, mientras persiguen hombres, mujeres y niños en medio de su tenebrosa bola de ruido y fuego, cuando hace su sorpresiva aparición se ponen de manifiesto las dotes atléticas y saltadoras de nuestros barrigones paisanos, hemos visto algunas señoras embarazadas, **cambiberas ellas** brincando con agilidad increíble y cara desencajada las bancas del parque ante la amenaza de la vaca-loca.

LAS JUEGAS

Con este nombre se denominan los juegos de azar, ruletas, loterías, etc. Que ocupaban el parque cuando llegaban a Ocaña los profesionales del azar, se tendían los “macondo” y demás suertes, sobre las mesas. Si algún turco con plata aparecía por el parque, el comentario era “esta noche quiebran la ruleta” y todos se congregaban alrededor del personaje. Al coparse el juego, decía el tallador: “fuera de manos, dijo Meyer”. Entonces giraba la ruleta o bailaban los datos y se escuchaban los pregones que variaban según el número y el contador:

A Uno que le importa.

El matrimonio.

Las trenzas de Ramona.

El cuarto de las monturas.

Quintín el maromero.

La media cena.

Los días de la semana.

Ochoa murió en Playalta comiendo huevos de tortuga.

El nuevecito.

Los Lemus (que eran once).

La cena.
El de la mala suerte.
Catorce paren las puercas.
Quincena pa los empleados manque la pasen varados.
Un flaco y un barrigón, diez y seis tomando ron.
Ya salió el diez y siete con cola de barrilete.
Los paticos.
La víspera de año nuevo.

Estas juegos tuvieron siempre público asiduo y permanente, entre ellos muchos que perdieron sus exiguos capitales, pues tomaron el juego como un vicio incontrolable.

En fin, son muchas las diversiones, Riña de gallos, concurso de globos, toreros paracaidistas, orquestas internacionales, casetas, comparsas en clubes y en las calles con premio a los mejores disfraces, “cerdo afeitao y encerao”, carreras de encostalados, apuestas de aguinaldo, concurso de pesebres, bromas de inocentes, papayeras, reinas de los barrios, bailes de callejón, etc.

Tienen las fiestas otro ingrediente: la nostalgia que nos abrumba de manera inversamente proporcional a la juventud. Nostalgia que inspira, que evoca y que añora.

En fin, a Ocaña hay que disfrutarla en diciembre. Es cuando regresan los hijos y revienta la parranda.

LA PARRANDA DONDE LALO

(Coplas de personajes del carnaval)

¡A parrandear, a parrandear En nuestra Ocaña de carnaval!	Nahum Sánchez y Agustín Y Santisteban son tres
Cuando comienza la fiesta En el valle Hacaritama Se brinda con aguardiente de la noche a la mañana.	Que con lengua de candela Ponen la fiesta al revés.
Manuel Alsina lee el bando En la tarima central Y se enloquece la gente Porque empieza el carnaval.	Fiesta que ya la prendieron Mario Restrepo y la banda Eimer Prada y clarinete Octavio Reyes y Amanda. Astrid Vergel se regresa

Al ver el grupo en parranda,
la persiguen y la dejan
mojada, furiosa y blanca.

Pero luego la convidan,
Convite de capuchón
A seguir en el bochinche
Y a ceder su corazón.

Alfonso Carrascal Claro,
Manuel Jácome en la Ermita,
Loncho, Lancho y Erik Reyes
Preparan la guachafita.

Pues Luis Eduardo ordenó
En su casa un parrandón
Con guitarra y poesía
Guacharaca y acordeón.

Van entrando enmaicenedos
Los invitados sonrientes
Y margarita les brinda
Cebollitas y aguardiente.

Ha llegado Elio Mendoza
Y Nancy y Gustavo Osorio
Y Carlitos Carrascal
Con su pinta de tenorio.

Samira Galvis hermosa
Llegó con David Romano
Y Gabriel Angel con Ciro
Y también Chichí Serrano.

El profe Gustavo Páez
A la parranda ha llegado
Con cuatro libros de historia

Y un litro desocupado.

También aparece Nando
en carro Venezolano
para que se conviertan
en un carro colombiano.

Lalo Páez como anfitrión
Mandó brindar anisado
Al entrar Wilson Ramírez,
Benjamín, Fabio Torrado.

Y Esperanza de la Rosa
Con toda su danza en grupo
Y también Claudia Manzano
Nuestra reina del bambuco.

Ya llegó la poesía
En esta noche de enero
Con Bexi y Sonia Picón
Marina Y José Roperó.

Aparece Chuco Neira
Caballero del bolero
Con una novia bonita
Y el semblante parrandero.

El isleño Oscar Fajardo
Ha llegado a parrandear
Con una niña que canta,
La niña María del Mar.

Que nos enciende la fiesta
Con su salero y su son
Y su brindis de anisado
Para engañar al amor.

Y Choyo y Edgar y Rommel
Y Beto y Rafa: los Pino,
Y Chepe y Wilmar y Alfredo
Mis compadres de los vinos.

Y Lébolo Blas de Lezo
Con Adolfito García
Que pinta a Fabio Marún,
A Myriam y a Memo Elías.

Y disfrazados entraron
Hermann Salas con Amanda
Y Nancy sin su Mauricio
Y los Baene en parranda.

Y aquel Torrado cotorro
Y Dilia con su Daniel
Y Myriam, Nelva y la negra
Y el violín con su Reinel.

Carmen Elisa Patiño
Como siempre primorosa
Con Gustavito Mantilla
Y su note melodiosa.

Y templando una guitarra
Se tiempla Raul Vergel
Mientras Melendez me cambia
Por chirrinche libros diez.

Y Fito y Carlos Navarro
Con Leo van y con Javier
A buscar en la revista
Horizontes de leer.

Llegó la guardia aduanera
Trescientos carros buscando
Pero Daniel Maldonado
Los ha dejado...chupando.

Al padre Cayo no cedo
Ese hermoso relicario
Desde hace un año perdido,
Ave María del Rosario.

Samira y Alvaro entraron
Con fotocopias del trago
Que nos templó a Liliam Bloise
Y a Don Juan Carlos Buitrago.

Se excusó el señor obispo
Con el padre Salazar
Porque lalo no le tuvo
Vinillo de consagrar.

Están brindando en parejas
Pacho Duque con Felisa
Y Federico con Diva
Victor y Carmen Elisa.

Saúl Calle con Marita
Mauricio y Ana Milena
La bandola y la guitarra
Y el agua con la maicena.

Y Jorge Aycardi con Nelly
Y Luis Eliecer y el sena
Alfredo Luis, Henry Lobo
Y Justo y su Cartagena.
La lengua de Ivan Pallares
Henry Paba y la trompeta
Luis Zurek y unos pasajes
José del Carmen y arepa.

Y María Inés y Fernando
Con don Gustavo García
Que venden libros de feria
Y también de poesía.

Del Comité Hacaritama
Llegan Yamíl y Juaquín,
Lucho Reyes los preside
Con trago y con boletín.

Ya llegó la policía
Por Dilia y María del Mar
Pues violaron la ley seca
Al ponerse a parrandear.

Y Dilia de Maldonado
Que no se dejó llevar
Le dijo a la policía
Carajo, dejn brindar.

Nuestro premio de la ciencia
Raúl Pacheco ha llegado

Preparándosele al Nobel
Porque ya lo han postulado.

Y Alfredo Vergel Cabrales
Que se lanzó a senador
Para que mi tierra tenga
Futuro merecedor.

Pasó el día llegó la noche
Regresó el amanecer
Y en el sancocho bebiendo
Aun quieren permanecer.

Al fin terminó la fiesta
De Lalo en el carnaval
El año entrante queremos
Que todos vuelvan a estar.

BIBLIOGRAFÍA

Alsina Quintero Alba Luz. "Sí habrá fiestas de fin de año en Ocaña". Periódico: "Rescate Ocañero". Número 8. Diciembre de 1989.

Amaya Alejo. "Los Genitores". Editorial Antares. Mayo de 1958.

Angarita Francisco C. Pbro. "Reminiscencias del antiguo Ocaña".

Boletín del carnaval número 7 y 9. Noviembre de 1945.

Calle Alvares Saúl. Comentarios. 1991.

Canosa Torrado Federico. Comentarios. 1991.

Carrascal Pérez Álvaro. Comentarios. 1976.

Carrascal Pérez Alfonso. Comentarios 1991.

"La Torcoroma". Número 9 de 1963 y Número 109 de 1966.

Molina Felipe Antonio. "Muros de la ciudad". Biblioteca de autores Ocañeros.

Número 4. Imprenta Caro y Cuervo. 1970.

Numa Zagia. "Sirios Libaneses en Ocaña". Editorial Torocoroma Ocaña. 1989

Páez García Luis Eduardo. "apuntes para el estudio del folclor". Inédito.

Pacheco Aycardi Manuel Benjamín. Pbro. "Monografía eclesiástica de la

parroquia". Biblioteca de autores ocañeros número 5. Imprenta Caro y Cuervo.

1970.

Pacheco Ceballos Raúl. "Los gobernadores y jefes departamentales de Ocaña". Antología histórica. Tomo 16 de la biblioteca de autores ocañeros. Imprenta caro y cuervo. 1979.

"Revista Hacaritama". Número 213. Febrero de 1961.

Revista "Trofeos". Número 7. Noviembre 15 de 1945. Ocaña.

Revista renovación". Número 28. Mayo 25 de 1925.

Tablanca Luis. "Tierra Encantada". Biblioteca de Autores Ocañeros. Número 3. Imprenta Caro y Cuervo. 1970.

LAS FIESTAS EN LA CIUDAD DE OCAÑA

Por Luis Eduardo Páez García

EL SIGNIFICADO DE LAS FIESTAS

Dentro de los estudios folclóricos, las festividades constituyen uno de los elementos mas significativos para la comprensión del alma popular. Son ellas, quizás, las únicas que pueden reunir durante el breve lapso de unos días, casi todas las manifestaciones espirituales y materiales de una localidad determinada permitiendo con ello, no solo la descarga de energía individual y colectiva, sino también, el intercambio y reiteración de experiencias y valores tradicionales.

Las fiestas reúnen las artes y la literatura popular, con las actividades económicas y sociales. Vemos así, en ellas, el aporte de la pintura, la danza, la música popular, unidos a la producción artesanal, la culinaria, el vestuario y el juego. Si a esto agregamos las relaciones sociales que se generan durante las fiestas, podremos fácilmente analizar el comportamiento cultural de una ciudad o población determinada.

BREVE HISTORIA DE LAS FIESTAS EN OCAÑA

Vieja es la tradición festiva del pueblo Ocañero. Desde los tiempos mozos de la ciudad, las fiestas constituyeron verdaderos acontecimientos de regocijo, y no pocas son las alusiones que nuestros cronistas hacen de ellas. Por lo general, eran celebradas con gran pompa y desborde de alegría. En estos eventos, cabe anotar la llegada de algún personaje ilustre, civil o eclesiástico, el nombramiento e alcaldes, instalación del cabildo, matrimonios y bautizos, celebraciones religiosas, etc.

Recordando aquellos lejanos tiempos, dice así don Alejo Amaya:

“enloquecida andaba la población entera (en 1648) con los preparativos del suntuoso baile, y el ajetreo de esclavas y ayudantes llegó a su paroxismo aterrador momentos antes de que principiara”.

Es conveniente destacar aquí que durante la colonia, las fiestas privadas se proyectaban hacia el pueblo entero, el cual participaba comiendo, bebiendo y danzando en predios cercanos a las residencias de los notables.

La ciudad entera se veía atacada, a veces, por excesos de regocijo alejándose de las normas de compostura y decoro propios de la época; aquí y allá los pobladores se entregaban a verdaderas actividades orgiásticas dando, no pocas veces, lugar a la intervención de los austeros miembros de la santa inquisición. Hacia 1696, una pastoral del obispo de Santa Marta, Fray Juan Vítores de Velasco, se refiere durante a estos desmanes de la bulliciosa ciudad: “...y así mandamos a todas las personas de esta ciudad y de todo su distrito y jurisdicción no usen bailes deshonestos, ni los permitan los jueces eclesiásticos y seculares y en especial el que llaman baile de tambor ni otros bailes deshonestos por el deservicio que de ellos se siguen a Dios, nuestro señor...”

Ciertamente que estas filípicas consignadas en la pastoral parece que no surtieron efecto alguno en los ocañeros quienes, después de un receso prudencial, continuaron con sus “bailes de tambor”, despreocupadamente.

En Ocaña y en toda su Provincia, las celebraciones religiosas se han mezclado siempre con las profanas en una simbiosis tal, que no se sabe a ciencia cierta cuándo termina una y cuando comienza la otra.

En 1850, cuando Don Manuel Ancizar visitó la ciudad, tuvo la oportunidad de apreciar la celebración de las fiestas de la Cruz de Mayo, que aún hoy en día se llevan a cabo. Cuenta así el viajero la experiencia:

La Cruz de mayo se festeja en el barrio llamado la Playa (hoy la costa) situado al pie de la ciudad y a orillas del modesto río que lleva el pomposo nombre de Grande (el río Tejo). Desde las 8 de la noche comienza a dirigirse allá los curiosos de barrio alto; ellos en el traje común. Los golpes acompasados del sonoro tamboril anuncian desde lejos dónde está el baile; conforme se baja, la gente aumenta en las calles y en las tiendas de yantar, y por último se descubre un remolino de sombreros frente a una puerta de calle que arroja sobre aquel núcleo central de los paseantes, copiosa luz emanada de las velas de sebo que alumbran la sala, la cual no es grande ni puede serlo, por cuanto el baile pertenece a la cuarta clase. En el local preside un altarcito lleno de flores y ocupado por tres cruces que se procura fabricar primorosamente, como conviene al pretexto de la función, agrupando a su alrededor toda la iluminación. En torno de la sal reina, contra las blanqueadas paredes, una fila de asientos forrados en cuero u encima de ellos la porción espectadora es decir milicia de reserva en los bailes; el espacio del medio lo llena la milicia activa congregada y movida por el tamboril, señor absoluto de los clarinetes, que a ratos le acompañan perfectamente desacordados. El valse y las enredadas contradanzas que algún enemigo ciego de la armonía de los movimientos nos trajo, hacen el gesto de estos bailes, el que se echan de menos las danzas nacionales, tan nuestras que

hasta lo malo de ellas parece bueno. Pasa la noche sin el más leve desorden y el pueblo llano, la clase cuarta, que en sus diversiones ofrece a la primera rasgos de cortesanía y circunspección, dignos de ser imitados, le presenta luego que viene el sol, ejemplos de la laboriosidad y virtudes civiles, las cuales consisten en concurrir, según la capacidad del individuo, al progreso de la provincia, no en contrariarlo y estorbarlo con el ruido de un patriotismo sin lastre, ni hechos que demuestren su realidad.

Importante fueron también las celebraciones de los Santos Reyes y el Corpus, descritas con lujos de detalles por Felipe Antonio Molina y Monseñor Manuel Benjamin Pacheco. Y por supuesto, la Semana Santa (que actualmente tiende a recuperarse) y la festividad de la Virgen de Torcoroma.

Por su valor tradicional y su permanencia en el tiempo, es bueno anotar aquí **la Fiesta de San Antonio**, que se lleva a cabo en el barrio la Piñuela. **La Fiesta de Jesús Cautivo**, en los barrios del Carretero y Villa Nueva y la de **La Santa Cruz** en los Barrios de La Costa y el Tejarito descrita anteriormente.

En una forma esquemática podríamos decir que los componentes de estas festividades son: la misa o misas acostumbradas, una Novena, una procesión o varias y por supuesto, el estallido de regocijo popular que vista mucho de lo religioso, pues, a veces, estas celebraciones se prolongan hasta por tres o cuatro días de continua parranda con bailes, música, pólvora y sancochos incluidos. Se concertan peleas de gallos, se levantan “varas de premios”, se juega al tejo y se ingiere en cantidades alarmantes toda suerte de bebidas alcohólicas (aguardiente, ron, chicha, bolegancho, etc.). Al efectuarse cada fiesta, bien podría decirse que el pueblo entero se traslada a dichos barrios e incluso, los paisanos residentes fuera de la ciudad, tornan a ella para sumarse al jolgorio.

Los paseos fogatas y tenidas en general, suelen tener ocurrencia cualquier día de la semana, vasta que el ajetreo de la vida cotidiana haga reunir a más de dos personas en la esquina de la catedral o en el parque “29 de mayo”, para que al cabo de un rato esté ya concertada una parranda en la que no falta el tiple o la guitarra.

A partir del quince de diciembre bien puede decirse que Ocaña se paraliza hasta concluir agotada, deshidratada y ojerosa el 7 u 8 de enero. Con el comienzo de la Novena de Aguinaldos la plaza principal se llena de alegres Ocañeros y forasteros que dan vuelta sin cesar en torno a ella, en medio de las “vacas locas, tarros”, y “palmitas, buscapatas” y otros artilugios pirotécnicos. Haces de coetones cruzan el espacio dejando estelas multicolores que iluminan la sombras de la noche. En algunas épocas, se construyen casetas de madera en un costado de la plaza donde se expenden bebidas y frituras. Antiguamente, funcionaba en el extremo norte del lugar “las juegas”, en las cuales se hallaban toda suerte de juegos de azar: ruletas, boliches, dados, cartas, loterías, etc. Y también por este tiempo los barrios de la ciudad comienzan a elegir y a promocionar sus candidatas para el Reinado del Carnaval. Pasan como un suspiro el 24 de diciembre y el 31 que pone fin al año. Aumentan las libaciones, los abrazos se multiplican, los tiros al aire, las

visitas nocturnas al cementerio. Con este acervo, Ocaña apenas se está preparando para iniciar su fiesta máxima: Los Carnavales.

LOS CARNAVALES

A partir de 1945, toda la energía fiesterera de los ocañeros fue canalizada a una nueva modalidad de celebración: un barranquillero, hijo de padres ocañeros Enrique Rúa Machuca, secundado por un grupo de paisanos, inaugura el Carnaval. De la revista “Trofeos” de aquella época, extractamos esta nota:

“Por resolución del Honorable Concejo Municipal fueron nombrados miembros de la Junta del Carnaval los siguientes caballeros:

José Vicente Navarro, Coro A Osorio, Alejo Conde Pacheco, Enrique Ruiz, Gustavo Quintero B, y Orlando Trigos. Los mencionados caballeros tomaron posesión de los cargos, eligiendo la directiva que quedó constituida así:

Presidente.....Enrique Ruiz M
Vicepresidente.....Alejo Conde Pacheco
Tesorero.....José Vicente Navarro
Secretario.....Gustavo Quintero B
Vocales.....Ciro A Osorio y Orlando Trigos

De modo pues, que los carnavales ya son un hecho.

Desde 1945, entonces con minimas interrupciones se han venido celebrando en Ocaña los Carnavales. Para este tiempo, ya ha sido elegida una reina en cada barrio y se ha construido frente al Palacio Municipal una gran tarima que servirá como palco real. Desde 1961, cuando “Carmito Quintero y Alfonso Carrascal Claro” organizaron el Desfile de los Genitores, este espectáculo ha servido como preámbulo a los carnavales. En efecto, el imponente desfile se lleva a cabo el tres de enero y los carnavales abarcan el 4, 5 y 6 del mismo mes.

En otras épocas se nombraba una junta especial para organizar estas celebraciones. Hoy, por nombramiento de la alcaldía existe la Corporación de ferias, Fiestas y Turismo que asume la misma función. Hecha la elección de la reina Del Carnaval, corresponde a esta abrir la fiesta del 4 de enero a eso de las 2 de la tarde. El pueblo enloquece. En alegres caravanas, los autos recorren la ciudad lanzando vejigas con agua y echando maicena (los tintes fueron por fortuna prohibidos). Hacia el norte de Ocaña se construyen casetas y hasta un ruedo donde las gentes, cuya sangre hispana no deja e manifestarse, ven las corridas de toros como antaño lo hacían sus abuelos, remedando los “encierros” de Pamplona (España) o las fiestas de san Fermín. No pueden, faltar los disfraces, comparsas, carrozas bellamente diseñadas, exóticos trajes que adornan la belleza de nuestras mujeres; representaciones jocosas de los políticos y ... ¡música!. La banda

municipal, conjuntos folclóricos de nuestra región que, con denuedo, le recuerdan a Ocaña su esencia santandereana y la necesidad de que ésta se imponga sobre las expresiones de otras zonas que, si bien son valederas en las regiones rivereñas del magdalena y la costa, aquí nada nos dicen con la música viene el baile y con este el eterno romance que pone fuego en los ojos de la doncellas y coraje en el corazón de los hombres.

Se acaba el carnaval y las gentes se apaciguan. Vuelven a sus quehaceres cotidianos a sus negocios, al colegio, a la actividad intelectual que nos es tan propia. Allá en el fondo del alma cada ocañero espera en silencio que vuelva nuevamente el 15 de diciembre y claro está, que llegue otra vez el carnaval.

COMENTARIOS SOBRE LAS FIESTAS RELIGIOSAS DE OCAÑA

Por Monseñor Manuel Benjamín Pacheco.

A modo de discreción, vamos a dejar constancia de algunas costumbres y detalles que marcaron época en Ocaña a través de largos años y que han ido extinguiéndose. De algún tiempo acá. Durante la administración parroquial del presb. D José Antonio Acosta se establecieron la fiesta de los Reyes Magos, drama de antiquísima data, que trajo aquí el señor Domingo Serrano quien hacia el papel principal de la obra. Para la representación se construían 2 escenarios en esquinas o ángulos de la plaza del 29 de Mayo. Uno ostentaba el palacio de Herodes, y el otro el Portal de Belén. Por varios años hizo el papel de Herodes Santiago Serrano, luego su hijo Belisario, y por ultimo el señor Felix Posada, en quien se advirtieron disposiciones especiales para encarnar el personaje principal; los reyes “Blanco, indio y negro” (Gaspar, Melchor y Baltazar) eran interpretados por los señores Vicente Carpio, Antonio Gomez y José Antonio Blanco; en defecto de alguno de estos, los reemplazaban los señores Ebaristo Jaime y Gonzalo Castro. De escribas hacían regularmente los señores José María Romero, Ramón Castro y Trinidad Melo; de vasallos y embajadores representabal 10 o 12 jovenes de buena presencia. El interesante papel de san José lo hacia el señor Felix Sanjuan, y el de la virgen una de las muchachas más bellas y modestas.

La estrella del oriente construida con todo arte la conducía el señor Juan Polca, y el equipaje de los reyes lo llevaban los señores Emiliano Márquez y Domingo Jácome.

Estas alegres fiestas eran siempre motivo de atracción ara las gentes sencilla de los campos, y aunque daban a la ciudad un tinte verdaderamente arcaico, resultaban de utilidad en las actividades comerciales, dada la afluencia de espectadores que venían a la población.

Estas fiestas tenían una reserva espiritual, porque de hay salían concertados los compromisos matrimoniales, fruto de bailes diversos, sucedidos en la mejor casa de cada cuadra, en donde se danzaba alegremente al son de las orquestas de distintas condiciones. La fiesta solía prolongarse por dos o tres días para aquellos

espíritus alegres dominados por el anestésico anís y el tiple, la guitarra y el tamboril.

De algunos años a esta parte, y a medida que la ciudad ha ido orientándose por corrientes modernas aquellas fiestas han perdido poco a poco su esplendor, siendo así que las festividades de la Santa Cruz no son siquiera un remedo de las anteriores y las de los Reyes Magos cesaron hace 24 años; y téngase en cuenta que estas fiestas son originarias de la península ibérica.

Se refiere monseñor Pacheco también a otras festividades en su escrito sobre las de Pueblo Nuevo dice:

“sus festividades religiosas eran antes muy renombradas, con especialidad la de Nuestra Señora DEL Rosario, San Roque Y San Diego. Las misas de aguinaldo y las minervas se celebran aún con bastante solemnidad. Últimamente con motivo de haberse prohibido las antiguas danzas de “Diablitos y Cucambas” que precedían a la procesión del Corpus, ha decaído mucho esta festividad”.

RECUERDOS DEL VIEJO CARNAVAL

Por Miguel Mario Pacheco Ceballos

No es difícil, ahora que peinamos canas, destilar recuerdos, sobre todo si son gratos al espíritu.

Recuerdos que nacen al tiempo del alargue del pantalón, a los 15 y 16 años nuestros taitas consideraban que estábamos “pollones” y llegaba la primera borrachera. Y nos considerábamos hombres. Virilidad que siempre se nos concedían un 24 de diciembre.

En la década de los 40 y principios del 50 nuestro combo, conformado por Blas Sanchez, Gustavo Bloise, Fito Manzano, Heliodoro Carrascal, Juanita Uribe, Yocasta Pacheco, Addy Sepulveda, y otros muy cercanos al corazón vivíamos una Ocaña hermosa, aunque con muchos prejuicios. A nuestras novias por ejemplo, solo las veíamos desde las esquinas cuando salan del colegio, y si les manifestábamos nuestro amor era a través de papelitos.

Cuando llegaba diciembre organizábamos fiesta para encontrarlas o caminatas a Junín, la Gloria y el Cerro de la Horca. De alguna manera nos hacían saber donde rezarían la novena, si en el llano de Echavez que iniciaba su novena santa Barbará el 25 de noviembre o la de la virgen de la concepción que se rezaba en san Agustín desde el primero de diciembre. Estas novenas eran amenizadas por bandas “las pateadoras” Llegadas de Pueblo Nuevo o Buena Vista, que aunque muy desafinadas reconfortaban el ánimo. Terminadas estas fiestas volvíamos a encontrar nuestras novias en las novenas de la virgen de Torcoroma que iniciaba el 8 de diciembre. Los días jueves y sábados podíamos traspasar un poquito, pues eran las retretas de la banda municipal, y mientras daban vueltas al parque nos emparejábamos a su paso para hablarles.

En el juego de cacho teníamos un tallador maestro que nunca nos dio a ganar una partida, pues cuando nosotros marcábamos un 80, él, mojando de saliva la balinera, nos marcaba siempre un 90. Este tallador era Julio “El Totiao”.

Cuando nos quitaron la fábrica de licores llegó el contrabando y la ciudad se llenó de sacatines, el mejor de todos era el de Vargas de Tacaloa, que nos los vendía en botellitas tapadas con tusas: el tapetusa.

Recuerdo también que cada barrio salía una comparsa llevando en andas un arbolito lleno de bombas y juguetes, todos nos dirigíamos a la plaza en medio de coplas, y acompañados por tambores, tambo es, carracas y maracas. La guitarra no era tan popular como ahora. Cuando Monseñor Pacheco se despidió de Ocaña con destino a Santa Marta, las coplas se le dedicaron en su totalidad. Los organizadores de estas comparsas fueron los hermanos López, entre ellos Leonel, el más entusiasta de todos.

Cuando llegaron los carnavales la ciudad se liberó, y al amparo del camuflaje de los capuchones, podíamos besar nuestras novias sin que se les criticara.

En fin, todos esperábamos diciembre para dar rienda suelta a nuestra alegría en las fiestas organizadas por los gremios de carpinteros, de choferes con su reina “Chana”, y de los comerciantes.

Cada vez que me embriago de nostalgia en este trópico panameño, se reviven muchos nombres de mi niñez y primera juventud, todos llenos de efecto, como David y Excel Reyes, Wilson Haddad, Margario Quintero, Miguel Ceballos, Toñito Patiño, Aurelio Carvaljalino, el Mono Vergel, Felisa Salas, Adiela y Gladys Zúñiga, Elvira de la Rosa, la Nena y la Chava Ceballos, Pina y Maruja Patiño, Carmen Clara y Any Lemus, Luz Carrascal, Alba Pacheco, Chabelo Navarro, Flor y Yoya Torrado, Erminia Prada y Lucila Navarro, Dorita Martínez, Lucho Lemus y muchos otros de mis personajes del pasado que se diluyen en el recuerdo.

Nada mejor para el espíritu, que retornar –así sea en la alfombra mágica de la ilusión- a la Ocaña de nuestra época.

CRONICAS DE ANTAÑO

Por Saúl Calle Álvarez

La monotonía provinciana cambiaba súbitamente con la entrada de diciembre. El tiempo lluvioso y desapacible, se tornaba soleado y limpio, intensamente azul, como son los cielos de nuestra tierra inmediatamente comenzaban las cumbias: sencillos conjuntos musicales que los muchachos organizaban para pasar el rato; se componía de tamboras, carraca o maracas y dilzaina; algunas veces iban acompañadas de flauta, clarinete o tiple. Recorrían las calles que ya se comenzaban a adornar con arboles traídos del monte y recargados de faroles de papel con una vela por dentro, desde las primeras horas de la noche junto con matachines y enmascarados que bailaban enfrente de las casas o entraban en ellas para pedir algunas monedas con que sufragar los gastos de disfraces y uno

que otro trago de “Ñeque”. Hubo comparsas de osos, tigres, indios, la culebra y el cazador y hasta de piratas y conquistadores.

El 16 comenzaba la novena de aguinaldo. A las 5 de la mañana la banda municipal recorría las calles céntricas pregonando la alborada; paraban en el atrio de la catedral mientras oficiaban la misa. A la salida, al son de bambucos, porros y pasillos. Los “cohetones” atronaban el aire aumentando la alegría de los parroquianos. El olor de la pólvora, el repique de las campanas y los aires musicales ensanchaban el alma y prendían la mecha del entusiasmo que duraría encendida hasta el seis de enero. Cada día correspondiente a la novena estaba patrocinado por alguna entidad o por alguien en particular. La competencia hacia que cada quien se esmerara en sobresalir por la música o la abundancia de pólvora, generalmente contratada con la polvorería; y en su abombado pecho la negra corbata parecía como suspendido en el aire. Casado con mujer de estura normal, discutía con ella a gritos con mucha frecuencia, quizá debido a que no daba la talla. Usaban cama antigua muy alta, con dosel y columnas; castrico necesitaba una pequeña escalera para subir a dormir; cuando peleaban, ella retiraba la escalera y así el pobre hombrecito quedaba castigado en el suelo. Se suicidó con un taco de dinamita hace muchos años.

Por la noche la gente no cabía en la plaza para ver cómo le salía la fiesta a los “cableeros” –empleados del cable aéreo-, los comerciantes, los empleados municipales, los choferes, sirio-libaneses, o Don Circuncisión Sánchez, acaudalado y rumboso campesino de Lomalarga. Entonces era ver si hubo uno, dos o más vacalocas, y de cuantos palos constaba la “palmita” y si se levantaban globos, lanzados desde la esquina de la ferretería Ujueta, fabricados y soltados por Luis Gómez quien decía “nunca se me ha quemado un globo al partir”, ni siquiera cuando les ataba una “canilla” que comenzaba a torear desde que iniciaba el vuelo al son de gritos y palmas; o si colocaron “idas y venidas” a través de los árboles del parque en medio de la algarabía de los muchachos. Para esas festividades papá contrataba un palo de la “palmita” con la propaganda alusiva a la fábrica de gaseosas se escuchaba a la gente deletrear las letras de colores: “Kola Calle la bebida sin igual”.

Entraba enero y el espíritu fiestero de Ocaña se renovaba con las ferias y fiestas del primero al seis; el comercio de semovientes, especialmente caballos, entonces de fino paso castellano criados en la labranza por Don Martín Quintero y sus hijos, daba gran colorid a las fiestas, las corridas de toros, del cuatro al seis, se llevaban a cabo en el patio Sanjuán –donde actualmente funciona la plaza de mercado- con toreros criollos quienes, mas que torear, correteaban o “manteaban” los toros que parecían catedrales con enormes cuernos. Entre esos “manteadores” se destacó Laureano Carrascal quien con su magra y espigada figura, por muchos años emocionó y alegró el espectáculo de vez en cuando enlutado como cuando cayó el “Mono” Angel Quintero, mas por los efectos del alcohol que por la bravura del

toro al recibir una cornada que le partió el hígado. Fueron muchas las tardes en que el toro se escapó, al romper la cerca de palos amarrados con alambres y lazos de fique, para irse por su propio derrotero en busca de Piedrapartía, Junín o Venadillo, con un montón de muchachos tras él para ver quien lograba sujetarlo, en medio de la algarabía y los gritos de las mujeres que apresuraban a encerrarse en sus casas. Desde su palco, la banda municipal amenizaba el espectáculo ejecutando porros, bambucos y pasillos, casi siempre de compositores Ocañeros, en medio de las descargas de morteros canillas y cohetes...

Pasaron esos tiempos y llegaron otros con nuevas costumbres, pero el recuerdo de aquellos perdurará siempre, porque estuvieron signados por las buenas maneras, la tranquilidad y la alegría de un pueblo ingenuo y sencillo.

EXTRACTOS DE UN CARTA DE CIRO OSORIO QUINTERO

(Co-introductor del carnaval de Ocaña)

Barranquilla, Agosto 5 de 1991

Señor D.

Mario Javier Pacheco García

Santafé de Bogotá

Me alagan tus informes sobre la buena impresión que produjo mi artículo "El parque de los poetas". En realidad, como tu lo dices quienes mayor interés deben poner en su realización son los jóvenes escritores y poetas de hoy que, por fortuna abundan, y no como en nuestros tiempos que éramos apenas unos cuatro periquetes.

Lo mismo tu informe sobre la talla en piedra de mi soneto a la columna y la bondad con que lo acogió el mono Pava, por quien pregunto siempre a su familia y te ruego saludar muy cordialmente.

Como tú sabrás, Ocaña tuvo varias épocas en materia de regocijos populares, en principio cerrados y después totalmente abiertos, es una lástima que el material que yo tenía sobre la etapa carnalera se me hubiera extraviado; allí había boletines diarios editados en imprenta, en colores, con romances, otros versos, apuntes, caricaturas, etc. Habrá que apelar a la memoria y a consultas de paisanos, que tu también puedes hacer allá, entre quienes vivieron esos días inolvidables.

No sé si sepas que quien introdujo el carnaval en Ocaña a la manera costeña fue mi cuñado Enrique Ruiz, hijo de Ocañeros, que por varias etapas se estableció aquí a partir de 1945, cuando pasó el festival a todo fuego. El murió ya y era pariente cercano de los Páez Courvel a cuya casa llegaba.

Habrá que echar mano, pues, de la memoria, a ver que sacamos de allí.

La primera etapa fue la de los grandes festejos en los clubes privados y grandes mansiones. Ordinariamente se sucedían los 31 de diciembre, con vistosos disfraces, confetis, serpentinas, pólvora, etc. A la madrugada salían de sus clubes las parejas a nutrirse con pasteles, fritos y sancochos que se vendían al borde de los camellones de la plaza "29 de Mayo", mientras la gran conglomeración popular y musical seguía andando en los camellones y las calles circunvecinas, al igual que en los barrios de toda la ciudad.

Todo esto lo recuerdo yo a partir del año 20, cuando tenía 5, pero entiendo que venía de mucho antes. La fiesta de la Torcoroma y la novena del Niño Dios servían de prolegómenos, pues ya de entonces las calles y plazas se engalanaban y por las noches eran un solo festival ruidoso y alegre. Claro que en estas grandes fiestas sociales y familiares se elegían internamente las reinas que esplendorosamente presidían los festejos.

Que yo recuerde, creo que la primera reina del Club Ocaña fue Aura Eva Niz, no muy joven pero muy distinguida; posteriormente casó con don Luis Felipe Roca, Viudo, padre de los Roca Castellanos. Después vinieron otras reinas: Carmen Helena Lemus Sánchez, quien vive aún; Carmen Emilia Lemus hija del político y agudo periodista Adriano Lemus Roca; Mary Roca Pacheco, hija de don Guillermo y de tu pariente Rosita Pacheco; Margarita Ujueta, casada con nuestro amigo Saúl Calle.

Tengo la impresión de que la última reina del Club Ocaña Margot Carvajalino Jácome, hija de Sixtico y hermana de Luis José Carvajalino, radicado en Bogotá y del médico Alonso, fallecido no hace mucho aquí. En esta ocasión -1947 o 1948- se resolvió sacar el reinado a la calle y la coronación se programó en el teatro municipal, yo era personero del municipio y miembro de la junta de ferias y fiestas que partían del primero de enero, junto con Martín Quintero, el inspector de educación Pabón Portilla y otros caballeros que no recuerdo. A Margot se le ocurrió nombrarme su secretario privado y tuve que meterme de cabeza en el reinado. Al pueblo no le gusto que no hubiera sido elegida popularmente la reina y por ahí empezó cierto mal ambiente.

La noche de la coronación el pueblo se aglomeró a las puertas del teatro y la vio entrar con su corte en silencio. Ya esto era un signo de respeto.

El teatro estaba lleno en lo que era la platea y los palcos, pero el lugar reservado a la entrada popular, al pie del escenario, permaneció vacío. Esto causó cierto nerviosismo entre los asistentes, pues decía que el pueblo iba a asaltar el teatro.

La velada empezó normalmente con discurso de coronación, cantos, declamaciones, bailes y nombramiento de ministros y dignidades. En este momento se oyó dentro del teatro una voz que clamó a todo pulmón: "viva el comunismo" aquella voz en el lugar destinado al pueblo, donde solo había un grupito de cuatro personas, dejó pasmada a la concurrencia. Como eran tan pocos se pudo identificar la voz, que era la del pintor ocañero Eugenio Álvarez Quintero, amigo nuestro, que tenía sus aguardientes. Yo me reuní de emergencia con los demás de la junta, detrás de bambalinas y resolvimos algo entre prudente y audaz; me acerqué a la reina con disimulo y le comuniqué el proyecto. Lo aprobó.

Entonces yo salí al centro del escenario para anunciar un nuevo decreto. Y con los considerandos que eran de ocasión y conveniencia, anuncié que la reina acababa de nombrar al renombrado pintor ocañero, orgullo de la tierra, etc. Embajador extraordinario ante todas las rusias. El teatro estalló de aplausos, Eugenio se levantó y con el brazo en alto saludó risueño a la soberana y la tensión bajó como por encanto. La función siguió hasta el final. Al salir la reina fue aplaudida por el público que aún se encontraba en las puertas del coliseo.

Pasando a una segunda etapa de reinados, aunque todavía no del carnaval que prácticamente se inició en 1945, recuerdo el de Raquel Vega Claro, casada con Julio Jácome Pérez, quienes viven en Bogotá. Me parece que le siguió al año entrante una rubia, Josefina Villalba, casada con un abogado de Pamplona, Ortega Rueda. Vino después el día de Anaís Acosta, hija de Juan Acosta, quien poco después casó con el periodista, escritor, hombre de negocios, conocido en el tiempo, Luis Serrano Reyes, quien vivió una temporada con su madre y hermanas en Ocaña. Serrano Reyes fue el autor de la telenovela “Antón García Bonilla”, nuestro personaje legendario. Fue de las primeras nacionales y resultó excelente. Serrano y esposa fueron después a Venezuela, donde murieron ambos.

Entiendo –y esto debes consultarlo con gentes que viven allá- que la siguiente reina fue Dora Lobo Rochel, ya del carnaval que se iniciaba con todos los perendengues del de la costa, mas las ferias, las corridas de toros, muertes de gallos por jinetes a velocidad. Siguió la Cecilia Assaf, hermana del poeta Jorge Assaf.

Me olvidé decirte que un colaborador insustituible, ingenioso y activo con que contó Enrique Ruiz en el complemento de los carnavales fue Carmito Quintero, quien ya tenía organizado el desfile de las Américas que consistía en una marcha esplendorosa de 21 de las más bellas muchachas, vistiendo los vestidos típicos de cada país y llevando en su hasta la bandera respectiva. Algo espectacular. Pero en uno de los últimos desfiles se presentó una rivalidad entre damas. Al decidir Carmito por una, la otra que vivía cerca de su apartamento se entregó al llanto y al reproche. Y apenas llegó el papá que era un viejo neurótico, le echó el cuento. Lleno de furia cogió un cuchillo y se fue a buscar a Carmito a su pieza. Allí estaba con Martín Quintero y otro, y el viejo los confundió y le camino a Martín, hiriéndolo en la cara, el cuello y los brazos... fue un escándalo mayúsculo. A Martín se lo llevaron de urgencia al hospital y al agresor a la cárcel. Se inició la investigación y en el sorteo me correspondió a mí, que era juez primero penal del circuito. Ya te imaginarás la galletica. Sin poder conceder excarcelación al pobre viejo en el proceso porque había “desfiguración facial”, me tocó mantenerlo preso, con el respaldo del tribunal superior hasta que cumplió la pena.

Voy a terminar aquí, no sin agradecerte, lo mismo que Barbosa tu libro, donde encontré lo más representativo de nuestra poesía popular. Los poetas nuevos realmente son excelentes; Felisa Escobar de Duque y María Luz Granados Pacheco me impresionaron gratamente.

Ciro A. Osorio Quintero

CORRIDA DE TOROS

Por Francisco c. Angarita Pbro.

A Francisco Duque Hoyos, uno de los pocos que sobreviven de nuestra generación centenarista.

“Mi sangre es muy torera

Tengo frescura,

Que no temo en la plaza

Ni a los de miura”.

Copia de la comedia “Toros de punta”.

Los ocañeros no pueden negar su ascendencia española por el entusiasmo que se les despierta con los toros. Que las fiestas de la Santa Cruz, en el Barrio de la Costa, o en otros, que un veinte de Julio, un enamorado que no haya mejor oportunidad de festejar a su prometida que con corrida de toros, son motivos para que menudeen esta clase de espectáculos en calles y plazas, y la enorme concurrencia en ventanas, en palcos ad-hoc.

Que música tan armoniosa, tan vivaz, tan alegre esa que producían las varas para las barreras al dejarlas caer en el suelo aquellos que las cargaban.

Como recuerdo a Julio el Totiao y a otros por el estilo, dirigieron la apertura de hoyos, la colocación de los maderos, el amarre de los mismos; todo dirigido por estos muchachos que en todas partes y en todo momento se encontraban listos a servir.

Pero estos toros eran para aficionados, sin vestido de luces, armados unos con mantas, otros con costales, o con la casaca, o con el pañuelo, o el sombrero “sacando lances”, sufriendo cogidas tremendas, corriendo tras el toro o huyendo para encaramarse a las ventanas.

Pero he aquí, que después de alguna propaganda se presentaron en Ocaña tres toreros, dos españoles, pastrana y murillo, un tal Plácido, (A. Martincho), cucuteño, que murió más tarde en un combate que hubo en Venezuela; un payaso. Quien era? Nada menos que nuestro conocido Artiles. Llegaron en medio de la cuaresma de 1981. Tuvieron problemas para la consecución del patio apropiado y capaz para circo y toril. De alguna manera consiguieron que las autoridades les permitieran levantar el circo en la plazuela de San Francisco. Incontinenti emprendieron el trabajo de construirlo. Era circular, de dos pisos, abundaban las varas, la cañabrava para el piso de los palcos que alfombraron con coletas de esas que traen los fardos para el comercio; evitaban la vista de los que no asistían con grandes telones de “bogotanada”. Se construyeron burladeros y el toril. Qué palamenta aquella, Dios mío!

En nuestro barrio hubo no poca incorfomidad porque hiciera el circo en la plazuela. Por qué? Se quejaban de que ese circo iba a interrumpir las carreritas de San Juan, de la Magdalena y de la Virgen en la mañana de resurrección, y porque en el barrio de San Agustín, antagonista perpetuo del de San Francisco, Carretero ,

La Costa, Villanueva, y el Cerrito de los muertos, se ufanaba porque la resurrección, quieras que no, sería en San Agustín... pero tuvieron que conformarse.

El primero de abril de 1981, Domingo de pascua, fue la primera corrida con capoteos, banderilla, garrocha de plácido, gracias y bailes del payaso Artiles, la corrida fue a las tres de la tarde, los toreros alojados en el hotel Zúñiga salieron de allí con su lujosa y luciente indumentaria, con sus capas, gorros y coletas. En una de las ventanas de nuestra casa, fue la taquilla, y el taquillero don Rafael Abello, acreditado para ese oficio. La música estrenaba ese día fue la de la banda dirigida por don Bernabé Noguera y sus hermanos don Pedro y don Calixto. La marcha de apertura de la corrida fue de una partitura fácil de una ópera; pero muy apagada como la de las demás piezas que tocaron. Esa Banda se estrenó el jueves santo en las visitas a los monumentos. Decían entonces, y aún después, que los músicos tocaban sin nota y solamente de oído, porque era el sistema de don Bernabé. Recuerdo con los músicos a Bernabelito, hijo de don Pedro, a los hermanos O'Meara, Julio y Luis, y a otro que más tarde se hizo sacerdote y hasta aquí mis recuerdos.

Esta compañía de toreros se disolvió en Ocaña. Pastrana se retiró y no volvió a torear. Luego se radicó en Bucaramanga, ejerciendo de médico homeópata; Murillo dio dos funciones más y de noche, en el patio de la señorita Cruz Conde. Más tarde lo volví a ver en Río de Oro, toreando también. Dejó en Ocaña un hijo, que vino a ser mucho después, el famoso Murillo bien conocido por sus hazañas reteriles y que murió trágicamente en un campo de Pueblo Nuevo, cuando con otros compinches asaltaron la habitación de un honrado labriego.

Otra compañía de toreros trabajó por ahí en 1898, en ese solar situado entre las casas en ese entonces de don José Manuel Cabrales y las señoritas Sepúlveda. No fui a ninguna corrida y así no puedo dar razón de como trabajaron aunque decían que eran buenos banderilleros y un primer espada. No recuerdo como se llamaron esos toreros.

En el primer decenio del siglo XX, un grupo de toreros venezolanos, muy malos por cierto en el arte, trabajaron en el solar en que quedó convertida la casa donde nació José Eusebio Caro y en el que hoy se levanta majestuosamente el colegio que lleva su nombre.

SEGUNDA PARTE

TIERRA ENCANTADA

Por Luis Tablanca

Maruja y Margarita viven en la misma calle...

Casa de por medio. Acaba.

Y se me ocurrió que entre tú y yo podíamos ponerles en esa calle unos toros para obsequiarlas.

A Daniel le pareció buena idea, pues era entonces costumbre que los enamorados diesen esa clase de fiestas en honor de la mujer que adoraban, y convinieron en hacer los preparativos para la tarde del domingo siguiente.

Propiamente hablando, son novilladas las que con el nombre de toros celebran para diversión pública siempre que en el buen humor está en su punto, pues ni hay circo, ni toreros que vistan el traje de luces, ni nada que se sujete a las reglas del arte taurómico. Todo se reducía a obtener la licencia del alcalde y pagar un pequeño derecho municipal; tras esto, a solicitud de una buena res, que por lo regular era de las destinadas al matadero, y contratar con el maestro Escipión la cerca de las bocacalles, y con la banda de música, por lo menos media docena de pasodobles. Y asunto concluido; el pueblo acudiría por ser pasatiempo gratis, y si entre los aficionados había uno que se entusiasmara y entrara a capear la res y se dejara coger y aporrear, la fiesta se daría por muy buena.

El domingo al mediodía empezaron a oírse en las esquinas los golpes de bombo que citaban a los músicos; pasaban hombres con varas, y el maestro Escipión abría agujeros en el empedrado para clavarlas y cercar, dejando un boquete a un lado para no interrumpir el paso de la gente mientras empezaba la fiesta.

La calle angosta y mal pavimentada se iba llenando de curiosos. En las casas vecinas, por si no eran suficientes las ventanas para las mujeres que habían de presenciar la diversión, pues acudían invitadas las amigas de otros barrios, hicieron parapetos con tablas delante de las puertas, a modo de palcos, y dejaron libre el portón que sería como burladero para los grupos de hombres que necesariamente habrían de permanecer afuera, pues corriendo el riesgo de una embestida se hacía gala de valentía.

Los muchachos, subidos en las cercas, daban gritos y anunciaron la llegada de la res con un alboroto que atronó los aires, pues aunque la traían amarrada con dos sogas y muchos hombres le sujetaban para impedir que hiciese daño, en animal dando saltos, subiéndose a las aceras y haciendo cerrar las puertas.

La banda de música, instalada detrás de una barrera, empezó a tocar al tiempo que soltaron la res y esta corrió de un extremo a otro de la calle dando corcovos y tratando de embestir a los grupos que veía, pero no los alcanzaba, pues formando remolinos y atropellándose le abrían campo como si pasara el demonio. Para completar el entusiasmo, dos o tres tiendas donde vendían licores tenían sus puertas abiertas y ¡vaya si escanciaban para infundirse ánimo!

Al pie de cada ventana un enamorado y dos o tres de sus amigos formaban grupo, y era demostración del más tierno afecto hacer palidecer y gritar de miedo a la novia saliéndose a la mitad de la calle con un pañuelito de seda a llamar a la res. Pero en cuanto el animal atendía, ya estaba el desafiador haciendo como pasos de baile para huírle, y si se le dejaba venir, a la propia ventana se subía el galán, rápido como una ardilla,

